



Esta versión digital de una selección de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

[www.madrid.org/edupubli](http://www.madrid.org/edupubli)

[edupubli@madrid.org](mailto:edupubli@madrid.org)



LETRAS MADRILEÑAS CONTEMPORÁNEAS

IGNACIO ALDECOA - UNA REALIDAD TIERNA Y CRUDA - EL VIAJERO ESPAÑOL

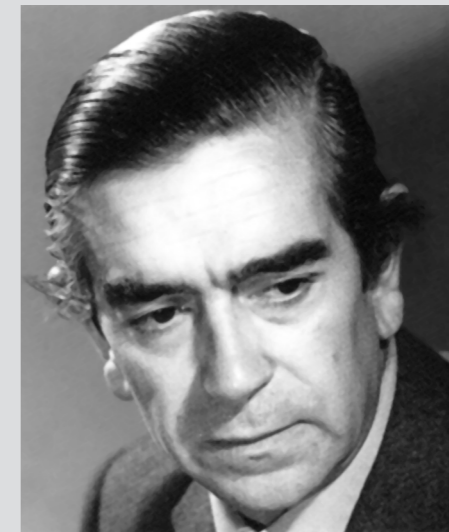
LMC

23

IGNACIO ALDECOA

# UNA REALIDAD TIERNA Y CRUDA EL VIAJERO ESPAÑOL

PRÓLOGO DE MIGUEL GARCÍA POSADA



VISOR LIBROS

# Chico de Madrid\*

\* Publicado en *La hora*, 10 de noviembre de 1950.



## CHICO DE MADRID

El mejor y más bonito modo de atrapar gorriones es el de la sábana emplomada cuando hay nieve, acercándose a la bandada silbando de distraídas. Si se quiere apedrear a un gato desinflado de hambre y pelón de tiña, lo importante es el sigilo, llevando las alpargatas colgando del cinturón. Para cazar una mariposa es necesario fingirse miope y poseer una boina grande, sucia y agujereada. Tratándose de un perro vagabundo, al que hay que atar una ristra de latas vacías a la cola, la técnica exige guiñar un ojo y caminar a la pata coja, como si se jugara. Las lagartijas requieren el cuerpo erguido, la mirada al frente y una delicada y cimbreante varita de fresno. Los grillos piden para que se les haga prisioneros tino y necesidades verecundas. Así, y no de otro modo, son las ordenanzas.

*Chico de Madrid* era un maestro zagalejo de moscas y Job caracol, llevando consigo un estercolero; a sus trece años sabía mucho más de caza suburbana que el más calificado cinegético. Se había educado en las orillas del Manzanares, aprendiéndolo todo por experiencia. *Chico de Madrid* era bisoyo y autodidacto, sucio y tristón, colillero vicioso y rondador de cuarteles en busca del pre sobrante; saltaba tapias y trepaba a los árboles con agilidad, pero nunca se salió de la ley. Tenía algo de orgullo y bastante puntería, por lo que pudo tener pandilla o doctorarse en golfo o pertenecer a cualquier sociedad de pequeños ladrones. Mas nada de esto le interesaba, porque poseía un alma pura y aventurera. Propositiones tuvo de pecar del séptimo y ciertos vividores de orilla le pronosticaron una gran carrera, mas él prefirió siempre la alegría de sus cotos y el croar de las ranas cuando, panza arriba, contemplaba las estrellas en las noches de verano, luminoso y santificado por las luciérnagas y llevándole el sueño las libélulas, el sueño y los picores de los piojos que olvidaba.

*Chico de Madrid* no se metía con nadie; vivía a temporadas con su madre, viuda de un barrendero, que se dedicaba a vender caramelos y semillicas a los niños más pobres de la ciudad; vivía, por duelo y misterio, algunas veces en cuevas de solares y otras en garitos —cuando apre-

taba el padre invierno— de perra gorda y abundante compañía. Comía lo dicho antes: sobrantes de rancho y alguna fritanga de extraordinario. Se empleaba de recadero con el dueño de un tiovivo, diminuto y solitario, colocado junto a un puesto de melones —cuando había melones—, que casi nunca funcionaba, y al que traía arenques y vino aguado para las comidas; chismes de un lado y otro para las sobremesas. Con los gorriones sacaba algunas pesetas; con los grillos, pan y tomate; con las lagartijas, harto solaz, y con los perros sacó una vez un mordiscote que le dio fiebre como si estuviera rabiado, y que le obligó a andar con tiento en adelante.

Casi era el único viajero del tiovivo. Se reía con todas sus fuerzas viajando en el aeroplano de hojalata o en el cerdito desorejado o en el rocinante, desfallecido de antiguos galopes en las verbenas de verdad. Porque aquella verbená, su verbená, era una especie de asilo de inválidos que las corrieron buenas, pero que ya no estaban para muchas. Al dueño, que se llamaba Simón y tuvo barraca de monstruos de la naturaleza cuando joven, se le ocurrió repintar el tiovivo. Nunca la gozó más *Chico de Madrid*; se puso hecho un adefesio, y entre ambos dejaron todo pringoso y con expresivas huellas digitales. La pintura se la habían comprado a un chapucero y era de tan mala calidad que no se secaba; el polvo se pegaba en todas partes, ennegreciendo el conjunto, según ellos. Para colmo, todos los niños que se montaron con sus trajecitos limpios, el domingo de aquella semana, salieron verdaderamente repugnantes, costándole a Simón muchas reclamaciones de indignados padres y llantos de niños de diversos colores, que se retiraban de su clientela. Simón cambió de barrio, pero *Chico* no se fue con él porque era, ante todo, libre, y porque las orillas del Manzanares tenían mucho que descubrir y que colonizar.

Llegó la temporada de las ratas... Las ratas no son animales repugnantes y tienen, por otra parte, el morro gracioso y los bigotes de carabinero del tiempo de Mazzantini. Las ratas viven en una ciudad al revés, que impulsa a despreciar las pompas y vanidades humanas; una ciudad donde hay mucho sueño y donde ni ellas pueden dormir. *Chico de Madrid* mataba las ratas, las mataba por *sport*, como otros matan pichones. Se divertía con su tiragomas, *paqueándolas* sin prisa. Conocía la mejor hora: la del atardecer, cuando la tierra se pone morena y hay violetas en los tejados y el primer murciélago hace su ronda de animalejo complicado. Se

sentaba solemne frente a las cuevas, mirando fijamente con la media risa de sus ojos, el arma homicida sobre las piernas y una canción como de cazadores por los labios. Se decía a sí mismo:

—Ya está. Asoma, bonita.

Y la rata averiguaba con su morrito saltimbanqui lo que había en la tarde. Luego la veía en silueta, aún indecisa, dando una carrerilla hasta la trinchera del río. Se encendía un farol lejano que enviaba una triste luz de iglesia pueblerina hasta la orilla. *Chico* tensaba las gomas. La rata presentía algún peligro y daba la vuelta; iba a correr a su agujero. Aquél era el momento; le costaría subir. *Chico* empujaba una piedrecilla con el pie. La rata salía disparada y de pronto se le quebraba la vida en un aspaviento. Le había acertado. Después bombardeaba el cadáver con pedruscos. Solía hacer tres o cuatro víctimas por sesión.

Las ranas también le atraían. Mostraban su barriga búdica y una como papada de bonzo bien alimentado que le despertaban escalofríos criminales. Las atrapaba por el método del caracol y luego les hacía el martirio chino, cumpliendo un rito geográfico de grave importancia cultural. Acababa malvendéndolas en algún figón, y con las monedas que le daban se iba al cinematógrafo, que todavía era mudo y se cortaba siempre en lo más emocionante, porque la película duraba varias sesiones, en las que no había forma de apresar a Fu-Man-Chu, a pesar de que el *gallinero* animaba constantemente a los buenos, que, aparte de buenos, eran algo cerrados de mollera.

*Chico de Madrid* hizo un día amistad con un muchacho, resabiado de la vida, que hablaba como un loro, jugaba a las cartas como un profesional y era hijo de un oscuro anarquista que penaba en San Miguel de los Reyes. *Chico de Madrid* quedó deslumbrado y aquel vaina desplazó de su corazón a los héroes de las películas y de los periódicos de aventuras. Se hizo fanático de él y abandonó sus cacerías y su pureza por seguir su pata coja hasta la misma Puerta del Sol. Él le enseñó a pedir con voz sollozante, acercándose mucho al limosnero para despertarle ascos:

—Señor, señor, una limosna para este expósito, que purga culpas de padres desnaturalizados. Nacido en enero y abandonado en la nieve.

Y después, recitado velozmente:

—El blanco sudario fue el regazo que acogió sus primeros llantos de niño. Una limosna para lo más necesario y vaya usted con Dios con la conciencia tranquila por haber hecho una obra de caridad.

Nadie se tragaba el cuento, pero todo el mundo les daba alguna perrilla, porque se los querían quitar de encima. El pregón de sus miserias lo había sacado aquella especie de paje de espantapájaros de una novelilla sentimental y manoseada que un amigote le había prestado. *Chico* colaboró literariamente, arreglándolo a las circunstancias. Ganaban su dinero. En los repartos el cojo se quedaba con la mayor parte, porque para algo era el jefe.

Una tarde de toros en que el sol quemaba de canto y la gente tenía los ojos llenos de picores de modorra, *Chico* y su jefe fueron a piratear a las puertas de la plaza. La gavilla de sus conocidos haraganeaba por allá en busca de corazones blandos o de estómagos satisfechos que necesitaban digestión sin molestias. Los guardias a caballo estaban tristes como estatuas.

Se hacía obligatoria la tragedia en el ruedo. Los novilleros —porque había novillada— debían estar desfigurados, borrosos de miedo. Los novillos estarían medio ahogados y quemados de las punzadas de los tábanos. Tal vez los picadores estuvieran aletargados con sus caras de tortugas gigantes, balanceando las cabezotas. Los caballejos, como los de su tiovivo, vacilantes y cansados. El presidente, orondo, fumándose un veguero, entre eructos disimulados. La plaza, frenética. Y la bandera, que él veía sobre el azul del cielo, poniendo sus crudos colores de estilo africano, cortando, inmóvil, las retinas de los contempladores. Pasaban rostros abotagados que con el calor y la respiración parecían higos reventones llenos de dulzor. A ellos se acercaba *Chico* misereando:

—Señor, señor, una limosna, por caridad, para este pobrecito, que hace dos días que no prueba bocado y vive en una choza con siete hermanitos, sin madre y con padre holgazán.

Había variado la retahíla con astucia, porque si se les ocurría decirles a los señores gordos que habían sido abandonados en la nieve los iban a juzgar los pobres más felices del mundo.

*Chico de Madrid* oyó voces detrás de él y de pronto se sintió cogido por el cuello de la camisa. Un municipal lo tenía agarrado con la mano izquierda, mientras con la derecha casi arrastraba a su compañero, que pataleaba con fingido llanto. *Chico* intentaba escaparse por ley natural, por lo que recibió un terrible puntapié que lo calambró y lo dejó como cuando a una lagartija le cortan el rabo. Comenzó a hipar y a dar berridos, por lo que fue sacudido violentamente y conminado a callarse. Otro guardia municipal, parsimonioso y con galones, se acercó a ver lo

que pasaba. Ya tenían grupo en torno y algunas señoras, con impertinentes, aromosas y con ganas de saberlo todo, hociqueaban ante ellos entre con tristeza falsificada y evidente repulsión. El de los galones interrogaba al que les estaba dando garrote vil con sus manazas:

—¿Y estos pájaros?

—El cojitranco éste que se pringaba en un reló —decía dándole un empujón al jefe—. Y este otro —lo señalaba con gesto de cabeza—, que había venido con él, que yo los vi cuando llegaron y estaba haciendo el paripé pidiendo.

—Pues a la *trena*, y los amansas si se sienten gallos.

*Chico de Madrid* no se sentía gallo; se sentía pájaro humildísimo y asustado gorrión. El guardia casi le ahogaba, pero se mordió los labios aguantándose porque, sin ninguna duda, había llegado la hora de callar y echarle pecho al asunto. De su jefe juraba vengarse, porque no estaba bien hacerle aquella jugada del silencio cuando el guardia se acercó a cogerle. Se derrumbó su héroe al mismo tiempo que le llegaba a la boca un sabor agrio de principios de vómito, porque el guardia le apretaba cada vez más. Tuvo una arcada. El guardia se paró soltándole del cuello y cogiéndole por la espaldera de la camisa. *Chico* notó que su salvación llegaba, dio una arrancada y salió corriendo. Oía confusamente las voces del guardia pidiendo ayuda e incapaz de perseguirle, so pena de perder al prestidigitador aficionado que danzaba como un ahorcado en los bandazos y los achuchones de lo que quería ser carrera entre la gente... *Chico* se escurrió con rapidez; pasó un tranvía y se colgó de los topes. ¡Estaba salvado!

Le sorprendió el fresquillo acariciante de la madrugada tumbado a las orillas de su río, oyendo cantar a las ranas y dejando que se le fuera el pensamiento por los incidentes de la tarde. No volvería a la ciudad; su puesto no estaba en la ciudad, sino en el límite de ella: entre el campo grande de las anchas llanadas y la apretura estratégica de los primeros edificios. En aquel terreno de nadie, suyo, con gorriones vestidos de saco y lagartijas pizpiretas, con perros famélicos y sabios y gatos alucinantes, con ratas y mariposas, con grillos y ranas, con el hedor de su río y el perfume lejano del tomillo campesino. No, no volvería a la ciudad y se dedicaría a pasarlo bien por aquellos andurriales hasta que lo llamaran a quintas. Se fue quedando dormido en el relente de la mañana; luego, el sol comenzó a calentarle los pies y a ascenderle por el cuer-



po, despertándole con un grato hormigueo. Chico de Madrid se despertó, se restregó los ojos y marchó en busca del desayuno silbando alegremente. Ahora sí que estaba salvado de verdad.

Habían pasado algunos días. Su vida era tranquila y medieval: comer, dormir, cazar. No comía muy bien, ni dormía muy blandamente, ni cazaba otra cosa que animales inmundos, pero él estaba muy a sus anchas. Aquella tarde pensaba hacer una exploración por una alcantarilla vieja y abandonada, y ya se regodeaba soñando con lo que en ella iba a encontrar. Iba a encontrar ratas como caballos y puede que de añadidura se topase con algún esqueleto humano. Esto le parecía difícil; pero si lo encontrara, si lo encontrara, iba a ser rico, tremendamente rico de misterios. Sabía que cierta vez unos obreros, en un solar cercano, cuando trabajaban para levantar los cimientos de una casa, al lado de una antiquísima cloaca, hallaron varios esqueletos que, según se dijo, eran de los franceses, de cuando el 2 de mayo. Chico soñaba desde entonces con esqueletos de franceses, aunque no le importaban mucho sus nacionalidades, porque con que fueran esqueletos como los que había visto tenía bastante.

A las cuatro de la tarde, armado de una estaca y con un farolillo de carro, dio comienzo a su exploración. Llevaba un ruche por si tenía hambre y una vela y una caja de cerillas por si necesitaba repuesto o se dilatara demasiado cazando. Entró por el tunelillo encorvado y un tufo ácido le avisó la nariz. Se colocó un trazo a modo de careta preservadora y siguió avanzando impertérrito rumbo a lo desconocido. El farolillo le danzaba la sombra; una humedad grasa le manchaba las manos cuando las rozaba con las paredes; el garrote le hacía caminar como un extraño animal que tuviera allí mismo su cubil. Estuvo andando mucho tiempo, hasta que las espaldas se le cansaron; entonces montó su campamento, dejó el garrote y merendó su ruche. Pensó en volver. La cloaca estaba vacía. No había esqueletos y lo más gordo era que tampoco había ratas. Se volvió.

*Chico de Madrid* comenzó a sentir algunos trastornos intestinales. La frente le ardía. La última noche no pudo dormir de desasosiego. Fue a casa de su madre, a la que no veía desde la tarde en que se le ocurrió explorar la cloaca. La pobre mujer, después de regañarle, lo lavó como pudo, le hizo ponerse una camisa de su padre, guardada con todo

esmero como recuerdo, y le invitó a tenderse en el jergón. Salió breves momentos a la calle y luego regresó con un gran vaso de leche. *Chico* tampoco pudo dormir aquella noche.

Pasaron dos días. Cuando el médico llegó era ya demasiado tarde. Chico, el buen *Chico*, estaba en las últimas. La madre, fiel, sentada a sus pies, sin soltar una lágrima, se asombraba de lo que le ocurría a su hijo. El médico se limitó a decir: «Tifus; ya no hay remedio.» Y *Chico de Madrid* murió porque no había remedio. Murió a la misma hora en que salen sus ratas a averiguar la tarde con los morritos saltimbanquis, cuando la tierra se pone morena y hay violetas en los tejados y el primer murciélago hace su ronda de animalejo complicado y se extiende como una gasa de tristeza por las orillas del Manzanares. *Chico de Madrid* murió a consecuencia de su última cacería, en la que si no pudo cazar ratas, como nunca falló, cazó un tifus; el tifus que lo llevó a los cazaderos eternos, donde es difícil que entren los que no sean como él, buenos; como él, pobres, y como él de alma incorruptible.

(1950)



# El País Vasco\*

\* Primera edición en la Editorial Noguer de Barcelona, 1962.



## EL PAÍS VASCO

### *Entrada libre*

Anunciar «entrada libre», en bordes de campos para que por ellos transite quien guste, supone invitar a paisajes, ceder caminos a la magia de los descubrimientos, abrir las trochas de la rutina a lo impensado, repartir panoramas, convidar a luces, colores, aromas, volúmenes, perfiles, sin que el vagacampos tema ser sospechado de furtivo. Así, pues, aquí, en esta orilla de la Guía del País Vasco, clavado en el tronco de una haya de avanzada, está puesto el cartel: «Entrada libre». No hay puertas, no es una tierra hermética. Pase quien quiera. No es un país ostrario con perla de difícil contemplación. Peculiaridades, matices, rasgos, no impiden llegar hasta su corazón. Adelante.

Está puesto el cartel: «Entrada libre». Usted se acerca. Yo le espero, apoyado en el árbol, bajo el aviso. Le saludo: a la paz de Dios... Y ya estamos hablando. Me atrevo a preguntarle: ¿Admite usted un compañero? Tal vez pueda mostrarle algo curioso o raro, tal vez le ahorre tiempo, tal vez usted desea compañía y conversación en este viaje. A su lado voy como un duende o como un airecillo. En algún momento me permitiré la licencia de sugerirle algo, acaso la familiaridad de un leve golpecito en las espaldas para que vuelva la cabeza o mire a su derecha o a su izquierda... Y si le guiño el ojo confianzudamente, será con el sobrado motivo de un buen vaso de vino o de chacolí, de una cazuelita de merluza en salsa verde o de bacalao al pil pil, y usted disculpará. Andando, compañero.

Compañero, usted necesita una explicación. Las cosas claras. Antes de que demos un paso más, antes de que dejemos de vista ese cartel, antes de que perdamos la sombra de esta primera haya, voy a decirle cosas que muy probablemente le servirán de poco. Usted irá acumulando sus impresiones por la reducida geografía de las tres provincias y cuando nos separemos y nos digamos agur, al modo del país, tendrá formado su juicio sobre la tierra vascongada. Bien, quiero anticiparme con algo menos o con algo más que un juicio —según se mire— de las jor-

nadas que vamos a vivir juntos. Mi opinión es que esta andanza va a ser de su gusto, pero mi opinión tiene un escaso valor general. Lo mío no es un juicio, una opinión cuando hablo de esta tierra, sino una emoción. Una emoción compuesta de sombras que reconozco, de lluvias cuya melodía está desde siempre en mi memoria, de perfiles de sierra que he visto soleados, brumosos, nevados, coloreados de los crepúsculos, con toda la mitología de los cuentos de la infancia danzando sobre ellos. Y además el mar y sus historias.

Deseo que nos entendamos.

Todavía no hemos consultado el mapa. Mas no nos paremos; hablemos. La costa vasca —francesa y española— forma un regazo, pero el mar Cantábrico no se arregaza, no se duerme, porque es el permanente desvelo, la vigilia sin cansancio, agua incalma. Solamente en las playas se relaja, como para tomar aliento y batir cantiles, farallones, rocas de vanguardia, con más fuerza y tenacidad. Este es el límite norte: el mar. Límite de la tierra y proyección de las gentes vascongadas a todas partes. Al sur corre el río Ebro. Viene de las montañas santanderinas por tierras del Cid, reparte La Rioja entre Castilla la Vieja y el País Vasco, da ribera a Navarra, divide Aragón y por campos catalanes llega a su fin mediterráneo. Encogido el País Vasco entre el mar Cantábrico y el Ebro, su hidrografía se distribuye en dos vertientes. Y si «nuestras vidas son como los ríos que van a dar a la mar...», que Jorge Manrique cantó, podríamos establecer, en general, una latinidad de las tierras de Álava como un euskerismo de las tierras de Guipúzcoa y Vizcaya.

La geopolítica da límites menos naturales a Vascongadas. Al nordeste Francia. Por el este Navarra. Al oeste Santander y Burgos. Al sudoeste y sur Burgos y Logroño. Burgos tiene su ínsula en Álava: el Condado de Treviño, y Vizcaya también: Orduña. Santander en las Encartaciones de Vizcaya toma tierra para su provincia, tierra también desvinculada: el valle de Villaverde.

Álava es provincia de tres paisajes y paisanajes: alaveses en La Rioja, alaveses en la llanada y alaveses en la montaña. Los primeros, de vivir paralelo a los riojanos de Logroño y a los ribereños navarros. Los segundos habitando un paisaje de transición entre «el clasicismo castellano y el romanticismo vizcaíno y guipuzcoano», al entender del escritor Azorín. Los terceros hermanados con los montañeses de Guipúzcoa y Vizcaya.

Guipúzcoa y Vizcaya tienen la línea común del mar; y otras comunidades: valles, montañas, paisaje industrial. Son tierras bilingües: euskera y

castellano, excepto en las Encartaciones de habla castellana. Redes, helechos, chimeneas son los símbolos de los paisajes vizcaíno-guipuzcoanos. Álava, tierra adentro, sustituye las redes por las mieses y se añade la vid de su Rioja vinícola.

Las tres provincias, que el Cantábrico y el Ebro ciñen, tienen tres historias que contar. Tres historias que comienzan en la oscuridad, donde no hay datos, ni fechas... Una puerta entreabierto al pasado.

Asomémonos.

### *Puerta al pasado*

Nada más cabal que la lacónica respuesta del vasco al Montmorency que se jactaba de su linaje milenario: «Yo no dato». Los vascos no datan.

Los orígenes de los vascos son una niebla, un misterio asentado en la esquina cántabro-pirenaica de Europa. En esa niebla, en ese misterio, tantean los investigadores. Dólmenes, esculturas, pinturas, armas de sílex y de hueso, hierros... son huellas borrosas de una raza autóctona que en los tiempos ante-romanos poblaba ya el territorio de las actuales provincias vascongadas y de la Navarra pirinea.

Estrabón, Plinio y Ptolomeo dan límites a la Vardulia que coinciden con los del País Vasco. El emperador Vespasiano envía gentes romanas a poblar la ciudad de Flaviobriga en territorio várdulo. Un camino de Roma entra en el país, cruza la llanada alavesa y se adentra en Vizcaya. En las montañas la vieja raza sigue por sus sendas.

El historiador Floranes en su libro «La supresión del Obispado de Álava y sus derivaciones en la Historia del País Vasco», resume así los primeros siglos de nuestra era en la historia vascongada: «Los germanos, en tiempos del emperador Galiano, por doce años continuos, desde el 262 de Cristo afligieron cruelmente a España, y luego godos, vándalos, suevos, alanos, silingos y demás bárbaros del norte, que arrojados sobre ella como enjambre en el año 409, la abrasaron por mucho tiempo inhumanamente. Vardulia, de pocas fuerzas para resistir enemigos tan poderosos, es natural que a los primeros golpes hubiese quedado muy quebrantada. Posteriormente, en el año 456, los hérulos, gentes septentrionales que ejercían la piratería por el mar, apostaron sus naves en las costas de Vardulia; saquearon los pueblos de esta región e hicieron crueles estragos en los habitantes. Así lo atestigua Ignacio, Obispo Lemi-



cense, escritor coetáneo. Pero aún fue más infausto para Vardulia el reinado de Sisebuto, que empezó en el año 612. Este rey de los godos entró con sus armas en esta región e hizo en ella tan sangrienta hostilidad, que combatiendo con especialidad los pueblos marítimos, los asoló del todo, pasó a cuchillo a los habitantes y regó las calles con su triste sangre... Entonces es verosímil que hubiese perecido la ciudad de Flaviobriga, fundada en la costa de Vardulia por Vespasiano, pues no se halla más memoria de ella en los tiempos siguientes; y del mismo modo quedó aniquilado el resto de la región, pues casi yerma la hallaremos a la entrada de los árabes en España por los años 711 a 714».

En el año 823 hay una expedición árabe mandada por Abdelkerim. Llegan hasta la llanada alavesa y es seguramente esta llanada el límite de la invasión agarena. Desde el siglo VIII al XIV las tres provincias gozan de independencia. Se gobiernan por juntas provinciales y toman señor en régimen de behetría haciendo realidad la muy vulgarizada frase que en la Edad Media expresaba la idea culminante de las behetrías: «Con quien bien me hiciere con aquel me iré».

La provincia de Álava se incorpora voluntariamente a Castilla en fecha de 1332, reinando Alfonso XI. Guipúzcoa lleva a cabo su unión con Castilla durante el reinado de Alfonso VIII. Vizcaya reconoce en el año 1371 al infante don Juan como su señor, y en el 1379, al morir su padre don Enrique, se unen en él los títulos de rey de Castilla — Juan I — y señor de Vizcaya. En tiempos de Enrique IV, como éste había faltado al juramento de guardar las leyes que los vizcaínos se habían dado a sí mismos, le desposeyeron del señorío que le fue ofrecido a su hermana Isabel, más tarde reina de Castilla con el título de Católica.

Unas veces con señores propios, otras tomando como señores a reyes de Navarra o de Castilla, las provincias vascongadas mantienen sus formas especiales de gobierno a lo largo de toda la Edad Media. Del País Vasco se puede decir que en todo ese período su historia interna está más que en la historia de sus señores en la historia de sus juntas y Cofradías provinciales. Estas juntas y cofradías hacían ley y recabaron fueros de sus señores, siendo celosos de su respeto aún después de sus uniones con Castilla.

La ciudad de Vitoria, capital de la provincia de Álava, fue fundada en el lugar de una aldea vasca llamada Gazteiz, en 1181, por don Sancho el Sabio de Navarra. Es, también, Sancho el Sabio de Navarra quien da fuero de población a San Sebastián, capital de la provincia de Gui-

púzcoa, aunque puede decirse que los anales de la ciudad comienzan de hecho con el diploma del rey Sancho el Mayor de Navarra, expedido en el año 1014, haciendo donación de la villa al monasterio de Leire. Villa según hipótesis asentada sobre la antigua Olearso. Bilbao, capital de la provincia de Vizcaya, «se fundó sobre el hierro» como reza una antigua representación de la villa. Pero quien otorgó carta de población para edificación de la villa de Bilbao, fue don Diego López de Haro, el quinto, señor de Vizcaya, en el año 1300.

A partir de las sucesivas incorporaciones de las provincias a Castilla la historia del País Vasco forma parte de la historia de España.

Muchos y muy ilustres nombres aporta el País Vasco a la historia de la cultura. Desde el siglo XIV hasta nuestros días esta aportación no ha cesado. Entre los más gloriosos caben destacar el del Canciller don Pedro López de Ayala, cronista y poeta; los de Fray Francisco de Vitoria, considerado como el primer teólogo español de su época, Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, Juan Sebastián de Elcano, primer navegante que dio la vuelta al mundo, Miguel López de Legazpi, conquistador de las islas Filipinas; y en la contemporaneidad los nombres de músicos como Usandizaga, escritores como Miguel de Unamuno y Pío Baroja, pintores como Zuloaga. Nombres todos que podrían ir seguidos muy honrosamente por otros muchos como los de Urdaneta, Lezo, Churruca, o Salaverría, los Zubiaurre, Maeztu. Teólogos, conquistadores, fundadores, marinos, escritores, pintores, músicos, políticos, escultores, investigadores, etc., de nombre y nacimiento vascongados, están con letras mayúsculas en la historia cultural de España y aun en la del mundo.

### *Paisaje con símbolos*

Hemos dicho: redes, helechos, chimeneas son los símbolo del paisaje vizcaíno-guipuzcoano. Hemos dicho: Álava, tierra adentro, sustituye las redes por las mieses y se añade la vid de su Rioja vinícola.

Si llegamos a Vascongadas de la alta meseta, entrando en las provincias desde Burgos por la línea que atraviesa Pancorbo y cruza el río Ebro en la Miranda de su nombre, apenas podremos entrever el paisaje que nace en estas riberas cercanas a los puentes de paso. Este paisaje que a unos kilómetros de Miranda, aguas abajo, es ya Rioja pura, aquí no es

más que una débil iniciación. Al compás del rojo caudal ibérico, el paisaje se ensancha hasta la capital de las Riojas: Logroño. Cierran las Riojas al norte la sierra de Toloño y la cordillera Cantábrica. Y tras de Toloño queda aislado el Condado de Treviño, campo de Burgos.

Pasado Miranda, a unos tres kilómetros, ponteadado el río Bayas, Álava nos espera. La provincia de Álava está cortada por tres cordilleras que equivalen a tres escalones, en dirección este a oeste. El primer escalón es el del Ebro, Cordillera Cantábrica, Peñacerrada y Sierra de Toloño. Un poco más al norte, los montes de Vitoria y de Iturrieta. Al norte Aránzazu, la sierra de Elguea y la Peña de Amboto. Estas tres cadenas se confunden por sus extremos, formando grandes macizos montañosos, en los que sus tres ejes respectivos se mezclan y desaparecen, dando lugar en el este a los Altos de Urbasa y otros montes y en el oeste al gigante Gorbea, Badaya, Orduña y otras sierras.

La entrada en Álava se hace a riberas del río Zadorra, el río propiamente alavés más importante. El Zadorra corre entre la carretera y la vía del ferrocarril. Pasado el pueblo de Armiñón, río, carretera, ferrocarril, van por el Condado de Treviño, hasta las cercanías de Nanclares de Oca. En Nanclares podemos dar por pasado el segundo escalón orográfico y hacemos nuestra entrada en la Llanada de Álava, en cuyo centro se encuentra la capital de la provincia: Vitoria. Estamos en pleno paisaje de transición. Los cereales amarillean entre los verdes, casi hortícolas, de las remolachas y los patatales. Azulean al norte las montañas de las grandes sierras y aunque haya cielo claro siempre habrá alguna nube, alguna neblina sobre las cimas de las montañas. La Llanada es un remanso rodeado de montes por todos lados, un estanque de virgilianismo, rumoreado del viento en los chopos, contrapunteado de grillos y ranas, que cantan en orfeón desde la primavera hasta el otoño.

Vitoria está en la lejanía. Vitoria es una masa gris de la que destacan violentas las torres de sus iglesias. Mágicamente esta masa gris se nacara de pronto. Atardece y las últimas luces del crepúsculo, las luces frías del sol tras de los montes, se reflejan en las cristaleras de sus galerías y miradores. La ciudad tiene un aire encantado, un aire de ciudad de cuento apresada bajo una campana de cristal, que fulge, que transmite noticias importantes al viajero con un sutil parpadeo. El corinto del crepúsculo ha sido después verde, verdiamarillo, amarillo. Hay un momento en que se borra la serenidad virgiliana de la Llanada; hay

otro momento, éste misterioso, en que se siente inmersa a Vitoria en una paz de abismo; el momento misterioso y fugacísimo de la total quietud de los campos.

Ahora las campanas. Los pueblecillos de la Llanada echan sus campanas a vuelo, las torres de Vitoria dirigen la inmensa orquesta. Una nueva calma se extiende por el llano, mientras se encienden las luces de la ciudad, mientras el campo es una reducción del firmamento, con las titubeantes, casi azogadas luces de las aldeas. La música del campo saluda el nocturno. Grillos, ranas, sapos... Sobre el campo el cielo. Un cielo claro, no tan claro, no tan cristalizado como el de las Castillas. Un cielo de transición entre el de las Castillas y los «semblantes nubosos», en lengua marinera, de la vertiente cantábrica.

A capricho hemos llegado a Vitoria y su Llanada al atardecer, porque si cada campo, como cada ciudad, tienen su hora para ser contemplados, la hora de Vitoria y su Llanada, la hora del encanto, es ésta.

A la primera luz del día los montes que limitan la Llanada por el norte, se doran. Tras de la sierra de Elguea se ve Aitzgorri. Amboto, acaso con su trasnochadora dama o bruja aún de ronda, no venida a refugio a la hora que marca el reloj sin retraso del murciélago, amarillea. A poniente se despereza de sus nieblas y oscuridades Gorbea.

Atrás quedaron la vid marginal del Ebro, la mies de la Llanada y las primeras chimeneas de las Vascongadas industrial, adelantada en Vitoria; pisamos ya faldas de helechales buscando los caminos de Vizcaya y Guipúzcoa, a través de los campos.

Las aldeas del llano son pura dispersión de caseríos cuando entramos en la montaña. Las poblaciones están en los valles, pero las poblaciones están acogidas bajo el símbolo de la chimenea y no del helecho. La montaña vascongada está salpicada de pequeñas caserías. Los vientos y las lluvias obligan en ellas al ahorro de tejados parciales. Sus tejados a dos vertientes formando ángulos muy abiertos, les prestan perfiles inconfundibles. El caserío vascongado parece haber sido aplastado por el paso de un cielo las más de las veces bajo y plomizo.

La tierra está trabajada en pequeñas parcelas, «piezas» —es el delirio del minifundio—, y los distintos cultivos extienden su rica gama de verdes por valles y laderas, ascendiendo a veces hasta las mismas cimas de las montañas, retaleando el paisaje de fajas, rectángulos, cuadrados, estrechas avenidas de nabares, maizales, campos de heno, patatales... Cruzados y entrecruzados los cultivos el campo es una alegre superposi-

ción de verdes, una sucesión de manchas o pinceladas, cortadas, recordadas, encontradas y confundidas.

Los aperos de labranza de los campesinos de Vizcaya y Guipúzcoa, lo mismo que los de aquellos que viven en la parte de Álava colindante, son muy característicos. El carro vascongado es de eje fijo a las ruedas, macizas, y camina chirriante como un vencejo, tirado por bueyes o por vacas, nunca por mulas o caballos. Otro medio de transporte, éste primitivo, emparentado muy lejanamente con el trineo, es la narria o lera, todavía empleada en algunos puertos para transportar redes o pescados y en el campo para el acarreo —narren en este caso— de hierbas o mieses, haciéndola deslizar por las laderas y pendientes. Para labrar la tierra sin ayuda de animales, el vasco utiliza la laya.

Es ésta una especie de gran horquilla de acero con mango. Su uso exige práctica: dos o tres labradores en línea avanzan labrando el campo con las layas; cada uno maneja dos, las clavan fuertemente en el suelo y profundizan en el terreno con el peso del cuerpo al colocar los pies sobre las cruces de las horquillas. La azada de dos puntas es otro de los aperos de labranza casi exclusivo del País Vasco, así como el trillo de mano o mayal.

La montaña vascongada acaba donde empieza el mar. Cara a la mar trabaja el labrador que muchas veces es también marinero o por el contrario es un marinero que muchas veces es labrador. Las redes y el helecho están unidos en la vida del pescador o del campesino costanero. Y el obrero industrial no ciudadano, el de los pueblos que casi son una acumulación de fábricas, también es labrador u horticultor. Los campitos de maíz, los patatales, tienen su cultivo cuando el obrero deja el trabajo cotidiano de la fábrica. En esta labor suele ser ayudado por su esposa. La pieza o la huerta son un «hobby», una ayuda económica y una tradición.

Si Vitoria es una ciudad para contemplarla al atardecer, Bilbao es una ciudad para contemplarla muy de mañana. La ría, la calle mayor del Bilbao industrial, ha sido y es el gran camino de la plata. En las primeras horas de la mañana la suciedad se camufla bajo el azogue de los reflejos. Acaso un cielo de quietas nubes grises encalme los humos de las chimeneas de las fábricas. Acaso un cielo azul perfila las chimeneas, bosque ribereño a lo largo de la ría desde antes de su entrada en Bilbao hasta el límite de su abra. La ciudad tiene el color invernal de la plata vieja: humos y lluvias han puesto pátina a las casas.

Bilbao se aprieta y se alarga en un estrecho valle o vaguada por la que discurre su río Nervión y es ciudad sin límites, confundida con las ante-iglesias pobladísimas de las dos orillas de la ría. Sobre el cielo de Bilbao vuelan gaviotas y vencejos, aunque el pájaro de Bilbao sea el «chimbo», el humildísimo «chimbo», el chimbo que les da sobrenombre a sus habitantes. En estas horas primeras de ingreso en las fábricas o de cambio de turnos, Bilbao tiene la crispación urbana de una ciudad que vive del trabajo y para el trabajo, y este su gigantesco desperezo hace hervir de ruidos toda la largura de la ría. El hombre ha hecho estos campos, porque Bilbao se fundó sobre el hierro. El ululo de las sirenas de las fábricas, respondido, transmitido por el de las sirenas de los barcos, contestado, comunicado, por el de las sirenas de la cuenca minera, son el primer suspiro mañanero de Bilbao. El viajero que contempla Bilbao a estas horas desde la altura de Begoña, puede pensar que la villa es de plata vieja pero que indudablemente se fundó sobre el hierro.

El Nervión y su afluente el Ibaizabal, o según los hidrógrafos el Ibaizabal y su afluente el Nervión, forman el río más importante del País Vasco. El Nervión es de nacimiento vizcaíno, puesto que aflora en la Peña de Orduña, de crianza alavesa y de mayor edad otra vez vizcaíno. Desde el Nervión al Bidasoa, frontera con Francia, la mayoría de los ríos vizcaínos y guipuzcoanos pertenecen a la vertiente cantábrica. Casi todos los ríos de Álava son mediterráneos. Unos engruesan los caudales del Zadorra y del Ega —río de nacimiento alavés y de curso casi completamente navarro—, otros, como el Omecillo y el Bayas, corren en solitario hasta el Ebro.

El «mare nostrum» de los vascos es el Cantábrico. Desde la más remota antigüedad son los vascos marineros. Las pesquerías del litoral cantábrico tuvieron siempre gran importancia. Dando pesca a la ballena adelantaron hasta el Finisterre español, en tiempos muy antiguos, y luego de conocer el compás y la brújula alargaron sus navegaciones hasta Terranova y se supone que a principios del siglo xv llegaron en sus andanzas de pesca hasta Islandia.

La tradición ballenera de los vascos dejó su huella en los escudos de armas de los pueblos costeros. Así Fuenterrabía en su sello del concejo del año 1297, tiene una ballena arponeada remontada por una chalupa ballenera. Guetaria conserva en su escudo de armas una ballena arponeada y arrojando dos surtidores de sangre. Y la ballena aparece en los escudos de Zarauz —el viejo—, Motrico, Ondarroa y Lequeitio.

Bajo el símbolo de las redes se acoge toda la tradición marinera vascongada. Desde Bilbao mercante al viejo San Sebastián pescador, las labores más distintas de la mar han atraído siempre a las gentes vascongadas.

La costa vasca es una permanente lucha del mar y la tierra. Treguas en la incesante brega con sus playas, de finas arenas, de gran amplitud y de magnífica belleza, enmarcadas en el verde paisaje.

San Sebastián goza de una de las playas más bonitas de España y el que esto escribe piensa, aunque sepa que no ha sido así, que la ciudad de San Sebastián fue levantada en torno de su playa como una remota ciudad de veraneo calculada en la Edad Media. No, no es así, pero la playa, la bahía de la Concha, la hermosa ciudad de San Sebastián, requieren para contemplación panorámica del viajero que se acerque a ella, las doce en punto del mediodía, de un mediodía de verano. Bilbao de mañana, San Sebastián de mediodía, Vitoria de atardecer, tres ciudades distintas en un pequeño país. San Sebastián entre el verde de su campo, la media luna blanquiamarilla de su playa y el azul de su bahía. Un tetricolor que a veces vela el sirimiri, la dulce lluvia que no interrumpe un paseo, que es una aspersión jardinera, que da un grato empaño a las cosas y amiga en la taberna, en el restaurante, en el café, la delicia hogareña del invierno con la cálida compañía del verano. Pero San Sebastián es una ciudad a las doce en punto de un mediodía de verano.

Las tres capitales vascas forman las hojas de un trébol que, buscando desde la noche de San Juan de junio hasta la de San Miguel en septiembre, abren los caminos de un paisaje maravilloso para un maravilloso veraneo.

### *Los caminos del paisaje*

Somos partidarios del vagabundeo, de ir a donde le lleven a uno los pies, de no fijar itinerarios, porque todos los itinerarios están amenazados de rutina. Preferimos las rutas, las personales rutas, aunque se acompañen de equivocaciones y de vueltas sobre los propios pasos, que abre a su arbitrio quien se echa a andar sin más brújula que la curiosidad por todo. Pero no queremos amenazar al lector de anarquía, ni confundirlo, ni cambiar su tiempo en calderilla, ni dejar que su curiosidad llegue a marearle. Deseamos que vaya y venga descansadamente, que si

necesita reposo lo encuentre exactamente cuando lo haya menester y que su yantar esté siempre a punto. Trazaremos itinerarios, avisando que a sus márgenes queda la ruta de los descubrimientos personales para viajeros de ánimo esforzado, que cuenten con tiempo y no teman ser sorprendidos por las veleidades de la meteorología.

A partir del vértice de Miranda de Ebro, el triángulo vascongado de comunicaciones, con base en la cornisa cantábrica, está trazado así: 1.º La carretera general Madrid-Irún y el ferrocarril Madrid-Hendaya, que casi paralelos, atravesando Álava y tocando en su capital Vitoria, entran en Guipúzcoa y en su capital San Sebastián hasta su fin en la frontera de Francia; 2.º El ferrocarril y la carretera Miranda de Ebro-Bilbao, por Orduña, ramales del ferrocarril y la carretera de la frontera; 3.º La cornisa cantábrica, carretera de San Sebastián a Bilbao y ferrocarril de vía estrecha San Sebastián-Bilbao con parada y transbordo en Málzaga, donde se une al ferrocarril Málzaga-Vitoria. Trazados así los tres lados del triángulo más la casi bisectriz del ferrocarril Málzaga-Vitoria, hay que advertir que todas las demás comunicaciones son de carretera y están comprendidas en él.

Los itinerarios serán provinciales con base en las capitales. El tren o el automóvil nos llevarán a treinta kilómetros del vértice de Miranda de Ebro. Hemos llegado a Vitoria. Los itinerarios de la provincia de Álava los iniciaremos desde su capital, pero previamente visitaremos Vitoria y sus alrededores. Unos cuantos paseos nos pondrán en contacto con el rico románico alavés, con el interesante gótico tardío del que tan buenas muestras hay en Vitoria y en sus contornos.

### *Álava*

En Álava abundan los restos y construcciones prehistóricas. El más importante de todos es el dolmen de Eguilaz, cercano al límite de la provincia con Navarra. En Arrizala, aldea no muy lejana a la de Eguilaz, hay otro, conservado en buen estado, y varios en la sierra de Andía. En el término de Escalmendi, a unos tres kilómetros de Vitoria, se encontraron dos, hoy desaparecidos, y se hallaron restos en las inmediaciones de Zuazo de Cuartango.

La Vía Romana, que atraviesa Álava, entra de Navarra por Eguilaz, continúa por Salvatierra, Alegría, pasa al sur de Vitoria, perfila el tér-



mino de Ariñez, cruza el río Zadorra por Trespuentes —puente romano—, donde se hacen excavaciones en la antigua ciudad romana de Iruña, prosigue por márgenes del Zadorra hasta Miranda de Ebro, remonta al noroeste y se pierde en campos de Puentelarrá.

A veces, en nuestro itinerario, coincidirán en un solo punto la ruta de los restos prehistóricos, la Vía Romana, el Camino del románico y el del gótico. Con toda intención no hemos trazado solamente caminos artísticos; hemos querido abrir caminos al paisaje. Los caminos por los que el viajero pueda gozar mejor de su recorrido por Álava.

### *Vitoria y sus alrededores*

Tomando como base de cualquier itinerario Vitoria, donde el viajero puede hospedarse en magníficos hoteles, de óptima cocina, hemos de emplear alguna de las mañanas de nuestra estancia en visitar la ciudad. Pero lo vamos a tomar con calma.

Una mañana, sobre las once, calle de Dato adelante nos acercaremos a la Plaza de España, donde se encuentra el Ayuntamiento. Los vitorianos llaman a esta plaza «Los Arcos». Su construcción duró diez años. La comenzó el arquitecto vitoriano don Justo Antonio de Olaguibel en el año 1781. Su estilo responde al gusto reinante a finales del siglo XVIII; es de corte neoclásico. Su planta es un cuadrado de 61 metros de lado y cada lado dividido en diecinueve arcos. La altura de los edificios es de doce metros. Todas las casas de la plaza son iguales: planta baja y dos pisos. La planta baja es porticada. El Ayuntamiento está situado en el centro del frente norte de la plaza. Las columnas del pórtico sobresalen de la línea general. Sobre ellas se alza una espléndida balaustrada de piedra que sostiene el balcón corrido del piso principal.

Abandonando la plaza por la puerta que da a la contigua de la Independencia o de la Virgen Blanca, como los vitorianos la nombran familiarmente, tras de contemplar el monumento a la Batalla de Vitoria, en que un ejército compuesto de españoles, ingleses y portugueses a las órdenes de Lord Wellington venció al ejército napoleónico mandado por el rey José, y en la que destacó el general don Miguel de Álava, que con su caballería arrojó a los franceses de la ciudad, tras de contemplar este monumento nos enfrentamos con la Iglesia de San Miguel, cabecera de la plaza.

La iglesia de San Miguel está en un plano elevado sobre el nivel de la plaza. Parece ser que esta iglesia fue edificada sobre las ruinas de una humilde capilla románica. Hoy es una de las ocho parroquias de la ciudad. Es de estilo gótico, con tres naves y crucero. Su elevado pórtico consta de dos arcos, en cuyo parteluz, en una hornacina de jaspe, está la imagen de la Virgen Blanca, patrona de la ciudad. En la puerta principal está la estatua de San Miguel. El retablo mayor es obra importante. Se trata de uno de los mejores retablos barrocos del País Vasco. Fue contratado en 1624 por Gregorio Fernández, el más famoso imaginero de la escuela castellana de este tiempo, a quien se debe la parte escultórica; su colaborador Juan Velázquez ejecutó la arquitectura y el adorno del retablo. El templo fue construido a comienzos del siglo xv. Del antepórtico de San Miguel parte una galería, que tiene su fin en la cuesta de San Francisco. Esta galería, a la altura de los tejados de la Plaza de España y concebida como un piso más de las casas de la acera de la calle de Mateo Moraza, opuesta a la fachada posterior del Ayuntamiento, es denominada por los vitorianos «Los Arquillos». Su construcción se debe al arquitecto justo Antonio Olaguibel. Fue un paseo de invierno muy concurrido y hoy es refugio, como «Los Arcos», de niños, niñeras y soldados. Del antepórtico de San Miguel nace una escalera que da a la famosa Plaza del Machete. El ábside de San Miguel cierra esa plaza por el lado de las escaleras. En la parte exterior de este ábside hay una hornacina donde se guardaba el machete, sobre el cual juraba el síndico de la ciudad cumplir fielmente su cometido, y que hoy se encuentra en el Archivo Municipal.

De la plaza del Machete asciende una escalerilla hasta el lugar denominado El Campillo o Villa-Suso, donde se cree que estuvo el asentamiento de la antigua Gazteiz. Los vitorianos llaman a las casas comprendidas entre las escalerillas de Villa-Suso y el final de la cuesta de San Francisco, a la que da la irregular plaza del Machete por uno de sus extremos, «Las Covachas».

Ha sido un grato paseo que apenas ha ocupado una hora de la mañana. Dan las doce en el reloj de la torre de San Miguel, reloj guía de las horas de Vitoria. Ascendemos por las escalerillas de Villa-Suso y bajamos por la cuesta de San Vicente. Volvemos las espaldas a la calle de Santa María que lleva directamente a la Catedral de su nombre. Vamos a finalizar el paseo de esta mañana visitando la Iglesia de San Vicente, otra de las parroquias vitorianas de más raigambre.

San Vicente fue una fortaleza que se transformó en templo a principios del siglo XIII. El San Vicente actual es de comienzos del XV. Tiene tres naves de estilo ojival, pero no tiene pórtico, ni crucero, ni ábside. El gótico de esta iglesia, como el de la de San Miguel y la de San Pedro —otra de las parroquias de Vitoria— pertenece a su último momento, a un momento de decadencia, llamado por algunos, dadas las repetidas muestras que de él hay en las tres provincias, «gótico vascongado». El altar mayor de San Vicente es obra del siglo XVI; se compone de tres cuerpos con varias imágenes. Es curioso que bajo las pilas lustrales de esta iglesia —pilas que son dos grandes conchas traídas de Filipinas por el marqués de Monte Hermoso— se enterrara en pasados siglos a los ajusticiados y a los verdugos.

Desde la balconada del que pudiéramos llamar antepórtico —aunque San Vicente, como queda dicho, carezca de él— se contempla un bello panorama. Gran parte de los cercanos montes de Vitoria se pueden ver y parte de la ciudad que se extiende desde la altura, en que está enclavada la iglesia, por el llano.

Con la visita a San Vicente habremos acabado esta primera mañana vitoriana. Bajamos lentamente por la cuesta de San Francisco, buscando la calle de Dato. En cualquiera de los bares de esta calle, encontraremos un buen vino blanco acompañado de unas banderillas —las banderillas vitorianas son unos exquisitos bocaditos sin comparación en el amplio mundo de la tapa— y haremos tiempo hasta la hora de comer.

Tras de comer, una siesta nos preparará para el caso de que decidamos dar un paseo por los alrededores de la ciudad. A las cinco de la tarde, desde el mismo centro de la población, podemos partir por el paseo de la Florida a paso lento hasta el cercano pueblo de Armentia. El camino hasta Armentia es una sucesión de paseos. Primero el de la Florida, después el de la Senda, a continuación el de Fray Francisco, seguido del de Cervantes y éste del de San Prudencio. Apenas dos kilómetros y medio por paseos sombreadísimos. Llegaremos a Armentia descansados y frescos. Tal vez hemos querido sentarnos antes en el aguaducho de la landa del Mineral, o probar la terrible agua de su fuente, que no sabe a cosa alguna, que todo lo cura, pero que «goza» de un hedor sulfuroso capaz de hacer perder el olfato.

En Armentia nació San Prudencio, patrón de la provincia. Y de Armentia fue obispo San Prudencio. Este Obispado fue muy impor-

tante durante la Alta Edad Media. Se ha dicho por algunos historiadores que la silla de Armentia fue fundada en tiempo del rey don Alfonso I, llamado el Católico, y antes del año 757.

El Templo que en la actualidad existe en Armentia, fue un día sede episcopal, más tarde colegiata y por fin simple parroquia de pueblo. El templo actual es del siglo XII, reformado y transformado desafortunadamente a finales del siglo XVIII. Es posible que haya habido otra iglesia anterior en el siglo XI, como muestra el tímpano de una puerta de medio punto que se conserva sobre el sepulcro del pórtico. Y seguramente otra anterior, prerrománica, acaso del siglo VIII o IX.

En el templo actual permanecen la antigua fachada del siglo XII, el ábside, los pilares componentes del crucero, el tetramorfo de la linterna o sea las cuatro estatuas de los evangelistas con cabezas de león, de toro, de águila y de ángel respectivamente. El interior del templo es de una sola nave en forma de cruz latina. Algunos relieves y capiteles del pórtico y del coro son muy interesantes, así como los canecillos, que hoy están fuera de su sitio sosteniendo la cornisa de las modernas construcciones, que tan desgraciadamente transformaron la antigua fábrica de este bello templo, joya de la arquitectura románica.

Sobre el Obispado de Armentia muchos historiadores han escrito. Parece hoy claro que la silla de Armentia fue independiente desde su principio de la de Calahorra y que sus obispos fueron como tales obispos de territorio propio y no corepiscopos, como por algunos se ha venido sosteniendo. La mucha antigüedad del Obispado de Armentia hace perderse a éste en algunos puntos de su historia en la nebulosa o en los espacios en blanco que las continuas guerras de la Edad Media crearon con sus destrucciones totales.

Tras de visitar la iglesia el viajero regresará a la caída de la tarde por los paseos por donde llegare a Armentia, extasiándose desde los altillos en la contemplación de la ciudad de Vitoria.

La segunda mañana, recomendando al visitante una pausa de un día para no fatigarle demasiado, también sobre las once, puede comenzar su segundo itinerario. Desde la ya conocida plaza de la Virgen Blanca o de la Independencia, tomará la calle de la Herrería y avanzará por ella hasta la parroquia de San Pedro. La calle de la Herrería como sus hermanas Zapatería y Correería, son calles de casas blasonadas. La ciudad se construyó sobre un eje, la calle de Santa María, que iba y va desde la

parroquia y catedral de Santa María hasta la iglesia de San Vicente. Así fue dispuesto en tiempos de Sancho el Sabio de Navarra y así se hizo. En torno de este eje crecieron a ambos lados y escalonadamente en la colina, las calles con nombres de oficio, Correería, Zapatería y Herrería, seguidas inmediatamente de las Cercas a uno de los lados y al otro Cuchillería, Pintorería y calles Nueva Dentro y Nueva Fuera. Estas calles, que forman el antiguo casco de la población, se comunican transversalmente por escaleras o planos inclinados llamados «cantones».

Caminando el viajero visitante por la calle de la Herrería, llegará hasta el Templo Parroquial de San Pedro, de estilo gótico como San Vicente y San Miguel. Su fachada antigua da a la calle de la Herrería. Tiene un pórtico estilo gótico con apostolado. Su planta es de tres naves, con crucero y varias capillas. En la capilla de la Soledad hay una Virgen obra del escultor Gregorio Fernández. A ambos extremos del crucero se encuentran las capillas bautismal y de los reyes. Esta última de estilo plateresco. A ambos lados del altar mayor hay notables sepulcros.

Terminada la visita a la iglesia de San Pedro, el viajero debe continuar por la calle de la Herrería hasta el llamado cantón de Anorbín y subiendo por él saldrá a la calle de la Correería. Al final de ésta encontrará una casa curiosa, con gran portal y gigantesca puerta. Es El Portalón, edificio comercial del siglo xv, de excepcional interés y perfectamente restaurado. Hoy alberga el Museo de Etnografía, el del Vino alavés, el Mercado de Artesanía local y un restaurante típico. Desde aquí puede ascender a la plaza de Santa María donde están la catedral y la parroquia de este nombre.

La Catedral de Santa María fue uno de los clásicos templos fortalezas construidos a finales del siglo xii por orden de don Sancho el Sabio. Pero de la primitiva obra románica nada queda. La iglesia actual es de estilo gótico y fue comenzada a finales del siglo xiv. Tiene tres naves, crucero y girola, y su entrada principal es un *pórtico cubierto*, con tres hermosas arcadas góticas revestidas de esculturas.

En la capilla mayor, situada en la pared central del crucero, podremos admirar la bella imagen románica de *Nuestra Señora de la Esclavitud*, antigua titular del templo. En la sacristía se conserva un espléndido *Descendimiento* que se creyó de Van Dyck y se atribuye hoy a Gaspar de Crayer, y la *Inmaculada* de Carreño.

Adosada a este templo, o mejor dicho como capilla independiente de él, está la Parroquia de Santa María, antigua capilla de Santiago.

Terminada la visita a estos templos es recomendable bajar por el cantón de Santa María a la calle de la Cuchillería. Avanzando por ella hacia su comienzo en la calle de San Francisco, el viajero tendrá ocasión de admirar la fachada de la Casa del Cordón, llamada así por tener este adorno sobre los dos arcos ojivales de su fachada. Entre éstos hay una puerta pequeña y sobre ella la inscripción «Ave María». En esta Casa del Cordón vivió el célebre Cardenal de Utrecht y en ella recibió la comunicación de su exaltación al Pontificado, con el nombre de Adriano VI.

Ya en la calle de San Francisco, podemos optar por bajar a la de Dato, porque muy probablemente es la hora del paseo mañanero de los vitorianos y los bares estarán en plena efervescencia de aperitivistas, o por hacer una breve ronda por las gratas, inigualables, superprovistas tabernas del contorno de la calle donde nos encontramos. Decidamos una u otra cosa podemos estar en la seguridad de acertar. Un bar en Vitoria siempre es un acierto.

Hoy podemos alargar más nuestra siesta porque el paseo ha de ser en tren o en automóvil hasta la cima de la colina donde está situado el Santuario de la Virgen de Estíbaliz, apenas a diez kilómetros de la ciudad. Primero visitaremos el templo.

Estíbaliz es un santuario de estilo románico, construido en el siglo XI y reformado en el XII, como puede apreciarse por la mezcla de estilos que presenta. Su planta es de cruz latina, con tres ábsides. La puerta principal es de transición, finamente moldurada. La puerta más importante del Santuario está en la fachada sur y es la parte que tiene más valor. Está adornada por columnas de fuste trenzado que sostienen capiteles con hojas, flores y aves esculpidos. La Virgen de Estíbaliz es una imagen típicamente románica, de acento primitivo. Un detalle histórico curioso es que en la Edad Media se celebraban los Juicios de Dios ante el Santuario de Estíbaliz, el día primero de mayo de sol a sol. Es notable la gran pila bautismal románica, situada en el ábside de la derecha.

El Santuario hoy está encomendado en guarda y cuidado a los Benedictinos, que han edificado junto al Santuario un Noviciado.

Un pequeño bar, para refrigerio de peregrinos, está junto al Santuario. Podemos refrescar y hasta tomar un tente en pie. El crepúsculo en la Llanada, desde el alto de Estíbaliz, es una maravilla. La contemplación de la Llanada, desde el alto de Estíbaliz, a cualquier hora del día, es sorprendente. El fresquillo que el norte, el viento norte, trae en los días

calurosos del verano al alto de Estíbaliz, es una delicia. Desde Estíbaliz, en el crepúsculo, la Llanada alavesa, Vitoria, las sierras y la vida parecen de color de rosa.

Aún mejor que ir de visita de monumentos es pasear por Vitoria sin rumbo, al encuentro de lo que saliere. Pueden salir al paso del callejante, algún que otro edificio que llame su atención, un banco en un jardín para reposar o contemplar nubes y palomas, ¡qué sé yo! Los edificios de algún interés que salgan a su paso son ya contados: tal vez San Antonio o tal vez Las Brígiditas o Las Salesas o el Palacio de la Diputación o el Hospicio. Démosle alguna noticia acerca de ellos.

San Antonio es un convento que está en la calle de su nombre. En su fachada de estilo barroco hay dos estatuas, una de San Francisco, la otra de San Antonio, atribuidas a Gregorio Fernández. Las Brígiditas es otro convento con una fachada debida al arquitecto justo Antonio Olagüibel. Las Salesas, en el paseo llamado del Cuarto de Hora, edificado en el siglo pasado en estilo gótico del siglo XIII, también es convento. El Palacio de la Diputación, cuyos planos fueron trazados por el arquitecto don Miguel de Saracibar, fue comenzado en el año 1833 y acabado en el año 1855. En su salón de sesiones, sobre el sillón presidencial, está el maravilloso cuadro de José de Ribera «El Españolito» *Cristo en la agonía*. El Hospicio tiene una hermosa fachada. Otros edificios públicos interesantes son el Palacio Episcopal y el Hospital Civil de Santiago.

En la Casa de Álava —antiguo Palacio de Augusti— están instalados el Archivo, la Biblioteca y los Museos Provinciales, en los que pueden admirarse objetos de arqueología y obras de arte medieval y moderno. A señalar especialmente una serie de bellas tallas policromadas góticas, varios trípticos flamencos, *San Pedro y San Pablo*, de Ribera, y una *Inmaculada* de Alonso Cano.

En Vitoria se está construyendo una Nueva Catedral cuyos planos se deben a los arquitectos Luque y Apraiz. Las obras se iniciaron en 1907 y, tras su interrupción en 1914, fueron reemprendidas en 1946. Ya se sabe que una empresa de estas características requiere, por su elevado coste, mucho tiempo.

Hay que señalar también el Seminario Diocesano, por su importantísima Biblioteca que consta de 150.000 volúmenes, con un nutrido fondo de manuscritos e incunables.

Deambulando en los mediodías vitorianos por calles y por plazas, se goza de una paz, de una calma inefable. Sentados en cualquier banco de

un paseo o del Parque de la Florida oyendo cantar los pájaros, el viajero se reconcilia hasta con su mala sombra. Y a media tarde un paseo por los alrededores es un nuevo contacto con la calma, que casi desaparecida del mundo se encuentra en los caminos de la Llanada, en las pequeñas aldeas, en los rincones del campo. Aquí se hace verdad la frase del pequeño filósofo alavés: «De qué te sirve ganar el mundo si pierdes tu calma». Y la calma está guardada celosamente entre los límites de la Llanada.

### *La Llanada de Álava*

Una de las excursiones o paseos largos que se ofrecen al curioso de la Llanada, es el de Trespuentes. A Trespuentes es conveniente ir en automóvil. Es un lugar situado a unos doce kilómetros de Vitoria. Por Trespuentes pasaba la Vía Romana y en Trespuentes se conserva un magnífico puente construido por los romanos, declarado monumento nacional. En un altozano, sobre el río Zadorra, están los restos de la ciudad romana de Iruña. El río separaba la fortificación romana de la sierra de Badaya y sobre aquél construyeron los romanos el puente a que antes hemos hecho referencia. El puente tiene trece arcos y está en buen estado. En las excavaciones efectuadas en Iruña se han encontrado numerosos vestigios de la civilización romana: estatuas, mosaicos, monedas, cerámicas, etcétera, que se guardan en el Museo Provincial.

Pasado el río Zadorra, ya en la sierra de Badaya, están las ruinas cubiertas de hiedra del Monasterio de Santa Catalina. Este monasterio fue fundado sobre una ermitilla dedicada a Santa Catalina y una casa fuerte aneja perteneciente a un caballero alavés.

Muy cerca de Trespuentes, a su norte, está Mendoza, que fue señorío muy disputado en la Edad Media. Como un recuerdo de su glorioso pasado histórico, conserva la plaza del pueblo un artístico «rollo» y dos casas nobles: el Palacio del Conde Orgaz y el Castillo del Duque del Infantado. Este último conserva restos de fortificaciones y su torre se alza todavía soberbia, cubierta de hiedra y cobijando en su tejado nidos de cigüeñas.

Por la carretera de Vitoria a Irún se nos ofrece una excursión de tarde, tal vez la más larga que podemos hacer por la Llanada. Visitaremos la histórica villa de Salvatierra y el dolmen de Eguilaz. Salvatierra



ha sido considerada por algunos historiadores como la antigua Alba de los romanos. Se dice que anteriormente este lugar fue conocido por los vascos como Hagurahin o «sitio de las despedidas». Se considera el fuero de Salvatierra como uno de los más antiguos de la provincia de Álava (año 1126). En la actualidad esta villa que tuvo tanta preponderancia durante la Edad Media, apenas conserva unas leves huellas de su pasado.

Las dos iglesias parroquiales son dos interesantes muestras arquitectónicas del siglo XVI. De lo más antiguo renacentista en la provincia es la tribuna del coro de la Iglesia de Santa María, suntuosa construcción plena de sabor por la compleja mixtura del más prolijo plateresco primitivo con el isabelino anterior. El retablo mayor, contratado en 1584, es la obra maestra del escultor Lope de Larrea.

Cerca de Salvatierra, apenas a tres kilómetros, está Arrizala. En esta aldea hay un dolmen, conocido en el país con el nombre de «Sorguineche», o casa de las brujas. Y en Eguilaz a pocos kilómetros de Salvatierra y muy cercano a la carretera general, está el dolmen que lleva el nombre del pueblo en cuyo término se encuentra. El dolmen de Eguilaz tiene dimensiones mayores que la mayoría de los de su especie conocidos. En él fueron encontrados muchos huesos humanos y armas.

Acabada esta excursión, el viajero habrá conocido las más importantes muestras artísticas de la Llanada de Álava. Obvio es decir que todavía quedan caminos por recorrer, iglesias por visitar, paisajes por contemplar y meriendas por merendar, pero en lo sustancial la Llanada ha sido cumplidamente visitada. Pruebas del románico aguardan en las iglesias de los dos Huetos —el de Arriba y el de Abajo—, en Argandoña, San Vicentejo, Tuesta y Lasarte, pero no insistimos en su visita para evitar una saturación.

La cercanía de Vitoria a los más altos montes del País Vasco, ofrece al que guste del montañismo, fabulosas excursiones. Desde Vitoria se divisan los montes Aitzgorri, Amboto, Gorbea, Gorbea Chiqui, San Vitor y otros menores que forman los llamados Montes de Vitoria. Al Monte Aitzgorri (1.544 metros de altitud) se puede ascender desde Álava llegándose el viajero hasta Salvatierra y tomando una carreterilla que le conducirá a Gordoa. En Gordoa comienza la ascensión hasta las landas de Urbía, donde no debe dejar de regalarse con el exquisito queso que fabrican los pastores de aquellos lugares. De Urbía podrá

ascender con relativa comodidad hasta la cima de Aitzgorri. Media Guipúzcoa, toda la Llanada y tierra de Navarra, si el día es claro, podrá contemplar desde la cima. Al Gorbea (1.475 metros) puede ascender desde los llamados Embalses, desde Zárate o desde Murguía. La ascensión es costosa y compensadora para el montañero fanático. En la cruz encontrará un buzón donde podrá depositar su tarjeta, que será recogida y anotada por cualquiera de los componentes de los muchos clubs de montañeros que hay en las tres provincias. A la Peña de Amboto (1.361 metros) debe ascender desde Urquiola. Cubiertas estas ascensiones, ha de considerarse vencedor de los «tres mosqueteros» de la orografía vascongada. Idos demás montes son de menor altitud, aunque conviene destacar algunos como Toloño (1.263 m.), Capilduy (1.175 m.), Sierra de Bóveda (1.207 m.), etcétera, lejanos a la ciudad de Vitoria.

Especialmente indicada para los aficionados a la pesca de la trucha es la excursión a los Embalses de Villarreal y al Valle de Aramayona. Se sale de Vitoria por la carretera que va directa a Durango. A la salida de Villarreal se tomará la carretera de Aramayona; al iniciar la subida se disfruta de un bello paisaje en. que se puede contemplar el primero de los embalses. Continuando por la misma carretera se deja a la derecha el embalse de Albiña, llegándose a la parte alta (buen sitio en otoño para la caza de palomas) del pintoresco valle de Aramayona, por el que desciende la carretera a la parte meridional de Guipúzcoa. Puede regresarse por la misma carretera, pero es más aconsejable hacerlo por la subida de Salinas para contemplar entre Landa y Ullivarri-Gamboa el tercer embalse, que queda muy próximo a Vitoria.

Para quien guste de descender más que de ascender, la espeleología alavesa le ofrece un amplio campo. En primer lugar las Grutas de Gorrea —donde se combinan el ascenso con el descenso—, entre las que destaca la cueva de Mairuelegorreta, que con sus nueve kilómetros de galerías y sus 210 m. de profundidad está considerada como la segunda de España. También son de gran interés las de Goro, en los Huetos ; Guaran, en Legaire, con río subterráneo; Cueva Grande, en Tertanga, etcétera. Con yacimientos prehistóricos tenemos las de Sola-cueva, en Jócana: Lazalday, en Zárate; los Gentiles, en Albéniz; los Marquínez, Valdegobía, etcétera.

Es muy interesante la visita a las construcciones rupestres de los «Cenobios» de Faido, Laño y Marquínez, en el Condado de Treviño, por remontarse a los primeros siglos del Cristianismo.

Al viajero para completar la provincia le quedan dos itinerarios. Los dos largos, los dos con requisitoria de carruaje a motor para cumplirlos. Es el primero el de La Rioja que ocupa todo el Partido Judicial de Laguardia, y es el segundo el de las tierras del Valle de Ayala y Valdego-bía, que ocupa todo el Partido Judicial de Amurrio.

### *Itinerario primero: La Rioja alavesa*

Saliendo en automóvil por la carretera Irún-Madrid, se toma una desviación después del pueblo de Armiñón que nos conducirá a La Rioja. Esta carretera se prolonga por la margen izquierda del Ebro hasta Logroño.

A treinta y cuatro kilómetros de Vitoria nos encontramos con la villa de Salinillas de Buradón, situada en un terreno llano muy cerca del río Ebro. La villa existe desde el siglo XII. Don Sancho de Castilla la mandó fortificar por ser plaza fronteriza en aquel tiempo con el reino de Navarra. Sus murallas, construidas a expensas del vecindario, aún se conservan en parte, lo mismo que los vigorosos torreones que fueron sus puertas.

Cerca de la villa de Salinillas y en los riscos de Buradón, están las ruinas del Castillo de este nombre y al otro lado del Ebro las de Bilibio.

En el kilómetro 41 de la carretera de Laguardia, al pie de la sierra de Toloño, está la villa de Labastida, que fue antiguamente una plaza de armas de gran importancia. Labastida perteneció a Navarra hasta el año 1200, pasando después a Castilla. La Iglesia Parroquial es un magnífico edificio, obra del siglo XVI y principios del XVII, que está en el centro de la población en uno de los frentes de la plaza mayor. La Iglesia románica del Santo Cristo, antigua parroquia, se halla en una altura desde la que se domina todo el pueblo. A juzgar por la fortaleza de sus muros, debió ser en otros tiempos un importante edificio de defensa de la población. El Ayuntamiento y algunas casas con escudos completan el carácter histórico de Labastida.

A poco de cruzar Labastida, la carretera se interna en tierras de Logroño para retornar pronto a territorio alavés por Samaniego, antigua villa en la que se alzan dos torreones junto a la iglesia, en uno de los cuales campea el escudo de armas de la casa de Samaniego.

En una altura, desde la que se domina gran parte de la Rioja alavesa, se encuentra la hermosa villa de Laguardia. Las viejas murallas que la

protegen, están flanqueadas por once torreones y un castillo pequeño de gruesos muros que se alza en la parte más alta de la población.

La Iglesia Parroquial de Santa María de los Reyes, que empezó a construirse en el siglo x, sufrió muchas transformaciones y tal como hoy nos aparece es de estilo gótico puro. En el siglo xviii fue ampliada con nuevas capillas. La portada principal es extraordinaria, lo mismo que el campanario. En una de las capillas se conserva el apostolado de piedra policromada.

La Iglesia de San Juan Bautista, al sur de la villa, está adosada a la muralla y uno de los torreones le sirve de campanario. La torre tiene un arco que sirve de puerta de entrada a la población y se llama Portal de San Juan. En la mencionada iglesia hay una portada románica y una preciosa imagen de la Virgen con el Niño, obra del siglo xiv.

Numerosas casas solariegas con escudos testifican la sobrada nobleza de Laguardia. En una de ellas nació el fabulista Samaniego.

En sus orígenes, Laguardia fue una fortaleza construida por los primeros reyes de Navarra. A mediados del siglo xii era una plaza de armas de mucha importancia, tanto por su magnífica posición como por su recinto fuertemente amurallado.

Laguardia jugó un papel muy importante en las relaciones históricas de los reinos de Castilla y de Navarra. En 1486 pasó a formar parte de Álava. Durante la guerra de la Independencia fue escenario de combates entre franceses y españoles.

El regreso a Vitoria lo haremos por distinto camino. Aunque la carretera es la misma en su primer tramo, luego la abandonamos para desviarnos hacia Peñacerrada, por el puerto de Herrera, denominado Balcón de La Rioja por el dilatado y bello panorama que abarca. Peñacerrada está situada en la carretera que une Logroño con Vitoria por el condado burgalés de Treviño.

A medida que la carretera asciende hacia el norte, el paisaje se va haciendo más abrupto. La villa de Peñacerrada al norte de la sierra de Toloño está rodeada de peñas. Fue fundada por el rey de Navarra don García Míguez hacia el año 765. Lo mismo que todas las plazas fronterizas de esta parte de Álava, cambiaba de dueño con frecuencia, perteneciendo alternativamente a Navarra y Castilla.

En Peñacerrada todavía pueden admirarse las murallas con tres puertas, una de ellas defendida por dos fuertes torreones.

La Parroquia es de origen muy antiguo, pero ha sufrido muchas reformas de importancia. En sus capillas se conservan retablos de interés.

Terminada la visita a Peñacerrada, siguiendo la carretera que atraviesa el Condado de Treviño, se regresa a la ciudad de Vitoria por el puerto de su nombre.

Suponemos innecesario advertir al lector que la excursión de hoy ha sido hecha por la tierra de los mejores vinos de mesa de España. Considera fútil el guía señalar a su compañero paraje adecuado en La Rioja para comer y degustar los vinos de la región, porque en cualquier parte de esta tierra se come bien y se bebe mejor. Entrar en discusiones sobre la excelsitud de tal o cual viña, pertenecientes a tal o cual pueblo, corresponde más a los que llevan la dirección en la propaganda de las acreditadísimas y diferentes casas y bodegas riojanas, que al humildísimo servidor que le conduce y acompaña.

### *Itinerario segundo: Valle de Ayala*

Saliendo de Vitoria, por la carretera de Bilbao (vía Murguía), al llegar a la Venta de Urquillo, hay una desviación hacia la carretera de Valmaseda. Por esta última pronto encontramos el pueblo de Lezama. Poco después está Amurrio (41 km.) situado en una llanura rodeada de montañas. Los caseríos esparcidos por sus alrededores, dan al lugar un aspecto alegre y pintoresco. El antiguo Palacio de Cejudo, luego del conde de Guiné, tiene una portada adornada de escudos y en su interior, pórticos. Más tarde este palacio fue transformado en juzgado y cárcel. La Iglesia Parroquial es antigua y amplia, con sencilla portada románica.

Abandonando en Amurrio la carretera de Valmaseda y tomando la de Areta a Bilbao, llegaremos a Luyando, pueblo del valle de Ayala, en el que se alza una cruz de piedra, señalando el lugar que ocupó el árbol de Malato, «de que hablan las historias», según reza la inscripción que hay en su pedestal. Siguiendo la misma carretera entramos en Llodio (49 km.) situado en un valle. Sus caseríos se extienden, también, por las cañadas. Cruza el pueblo el río Nervión.

En la ladera de la montaña, sobre unas peñas, se eleva la Iglesia gótica de Santa Marta del Yermo, en el barrio de Gojenuri. Es particularmente interesante la torre o campanario, que se alza separado del cuerpo de la iglesia. Consiste en un grueso paredón de piedra de sillería con dos huecos para las campanas y un balcón de hierro.

En Llodio se toma la carretera de Oquendo a Zundubiarte y desde este pueblo se baja a Menagaray, en el valle de Ayala, para volver a encontrar allí la carretera de Vitoria a Valmaseda. Subiendo por esta carretera llegaremos hasta Arceniega (58 km.).

Arceniega tiene un Santuario gótico de tres naves, con una sencilla puerta del XVI, en cuyo altar mayor se venera la Virgen de la Encina. La imagen está colocada en una hornacina con doselete churrigueresco, que desfigura en parte el magnífico altar gótico. Tiene la iglesia un interesante panteón de piedra del Obispo don Cristóbal de la Cámara y Murga. En el pueblo pueden admirarse varias casas solariegas y restos de murallas.

Retrocedemos hasta Menagaray para entrar de lleno en el valle de Ayala. En Quejana hay una iglesia conventual dedicada a San Juan, que es la parroquia. La Iglesia es un antiguo monasterio, que debió haber tenido para su defensa un recinto fortificado, puesto que aún conserva un torreón coronado de almenas. En la nave del templo hay dos panteones con los escudos de los Ayala y de los Sarmiento. En ellos están enterrados los fundadores del monasterio: don Fernán Pérez de Ayala y su esposa doña María Sarmiento. Cerca del altar mayor hay dos sepulcros que también pertenecen a la familia de los Ayala.

El Canciller don Pedro López de Ayala y su esposa fundaron en la Casa Fuerte, que está próxima a la iglesia, una capilla dedicada a Vuestra Señora del Cabello. En el centro de la capilla hay dos estatuas yacentes de alabastro que son las del matrimonio fundador. El panteón y las estatuas son de excelente talla. En la clausura se guarda la imagen titular de la capilla, la Virgen del Cabello, donada por el Canciller Ayala. Las monjas la enseñan a solicitud del visitante. Es un tríptico de oro, de calidad realmente extraordinaria, una de las mejores piezas de Europa en su género.

Respaldiza, a 46 km. de Vitoria, es la cabecera del valle de Ayala y jugó un papel muy significativo en la historia de esta región. Los vecinos del valle de Ayala y los de Amurrio, Lezama y Oquendo, constituían la Hermandad de Ayala y celebraban anualmente sus juntas en el campo de Zaraobe, cerca del pueblo de Olabezar, para elegir las autoridades que habían de gobernar el valle y toda la Hermandad.

En la Casa Consistorial de Respaldiza, se conserva el archivo con todas las cartas reales, cédulas y fueros de que gozó la Hermandad. Para poder ser admitidos por vecinos del valle, era necesario que demostrasen ser nobles.

En la Iglesia de Respaldiza hay un sepulcro de piedra junto al altar mayor, donde se dice que está enterrado don Vela, primer señor de Ayala.

Al tocar de nuevo Amurrio, tomamos la carretera de Bilbao a Miranda, por Orduña. En Orduña, la carretera pasa tres veces el río Nervión. Después atraviesa un terreno muy accidentado, con grandes curvas y pendientes subiendo el puerto de Orduña con paisajes de belleza incomparable, entra en territorio burgalés y sale a Álava en Osma. Por Villanueva de Valdegobía nos acercamos a Villanañe, con su castillo del siglo XIV perfectamente conservado. De aquí continuamos al pueblo de Tuesta, donde hallamos una interesantísima Iglesia, ejemplo de la transición del arte románico al gótico. Su construcción data de los comienzos del XIII. Su planta de una sola nave, que se cierra con un ábside poligonal, tiene cuatro capillas: dos a cada lado, y una portada bella y originalísima.

El arco de triunfo que forma la boca del ábside, como los de entrada a las capillas laterales, es de medio punto. Lo mismo son las espléndidas ventanas del ábside, tres de ellas ocultas tras un magnífico altar renacimiento. El apuntamiento de todos estos arcos, como las crucerías y la esbeltez de la nave, son los signos característicos del naciente arte gótico. El resto de la obra pertenece al románico. La puerta del templo es extraordinaria. Sorprende el adorno de los capiteles, en los que pueden apreciarse muchas influencias.

Abandonando Tuesta seguimos por la carretera, pasando Bergüenda, Puentelarrá, Fontecha —en la que se conservan dos torres fuertes que pertenecieron al conde de Orgaz— hasta llegar a Miranda para tomar la general de Madrid a Irún, rumbo a Vitoria. El regreso a Vitoria es también muy agradable pasando por Salinas de Añana.

Esta excursión puede reducirse a gusto del viajero. El panorama del valle de Ayala es realmente encantador. Y con la excursión del valle de Ayala cerramos las rutas de la provincia alavesa para pasar a la de Guipúzcoa.

Para el viajero el trébol vascongado tiene ya una hoja.

### *Guipúzcoa*

La provincia de Guipúzcoa ha sufrido una gran transformación desde el último tercio del siglo XIX. La multiplicación incesante de vías

de comunicación y de industrias, ha recogido de su antigua dispersión y aislamiento hasta los lugares que en el pasado parecían más remotos y ajenos a los habitantes de San Sebastián, o de los grandes pueblos. Por su carácter montuoso, quebrado, casi selvático, esta pequeña provincia tenía aldeas cobijadas en rinconadas de las sierras, que si llevaban una aparente vida paradisíaca, estaban desvinculadas de los progresivos centros urbanos del país. Por otra parte, el gran turismo al elegir San Sebastián y los pueblos costeros como lugares de veraneo, ha contribuido también a unificar, a apretar en un musculoso bíceps, las energías de este pequeño territorio. La misma colaboración ha prestado a tal empresa, en un grado que posiblemente no es mensurable todavía, el gusto de los ciudadanos por edificar sus casas de descanso, sus chalets, en lugares del interior a los que parecía poderse llegar solamente por sendas de lobos. Hoy, Guipúzcoa es una fuerza, un centro industrial poderosísimo, y las antiguas sendas son carreteras, vías férreas, y la dispersión de antaño una cohesión magnífica nacida hacia el progreso. Es la provincia española de mayor densidad de población.

### *San Sebastián*

La ciudad de San Sebastián se extiende a los pies del monte Urgull, estando rodeada por un lado de las aguas del Cantábrico y por el otro de las aguas del río Urumea. Pasado el Urumea la ciudad tiene su continuación en el llamado barrio de Gros. Inmediata a las faldas del monte Urgull está la parte vieja de la ciudad, de pequeña extensión y que hasta mediados del siglo pasado estuvo cercada por murallas. Pero esta parte vieja no es de mucha antigüedad. San Sebastián ha sufrido demasiados asaltos y depredaciones a lo largo de su historia para que pueda ser considerada, ni aún en determinados barrios, como vieja. En el año 1813 la ciudad fue arrasada casi en su totalidad —salvándose solamente algunos edificios— por las tropas angloportuguesas.

La parte vieja —lindante con el pintoresco Puerto Pesquero— está habitada por los pescadores de la ciudad y es visitada por todos aquellos que, amantes de la buena mesa y de los buenos vinos, desean la tranquilidad y la ausencia de protocolo que les brindan los figones espléndidos aquí localizados. Hay en este barrio una graciosa plaza porticada, la plaza del 18 de julio, presidida por la Antigua Casa Consistorial hoy Biblioteca



Municipal) y en cuyas restantes casas, todas de arquitectura similar, pueden verse los balcones numerados que sirvieron en otro tiempo como palcos en las corridas de toros y fiestas locales que se daban en ella. Este barrio está separado de la ciudad nueva por la Alameda de Calvo Sotelo, ancha avenida bajo cuyos árboles es agradable darse un paseo a la hora en que donostiarras y forasteros le infunden la mayor animación.

San Sebastián es una ciudad cosmopolita, hermosa, nueva y presurosa. Su destino brillante, de gran ciudad de veraneo, con huéspedes ilustres —reyes, jefes de Estado, artistas, etcétera— le ha llevado a que los habitantes la cuiden con mimo y regalo. Los hermosos paseos de que goza servirán al viajero para perder sus mañanas y sus tardes en un tranquilo deambular contemplando la fiereza de las aguas cantábricas o la serenidad de los verdes montañeses. Un placer es sentarse en cualquiera de las terrazas de los bares del paseo de la Concha a contemplar, solamente a contemplar. En el azul de la bahía, las velas blancas de los balandros o de los snipes, ponen su alegría de alas. La Isla de Santa Clara se recorta en medio, vigorosa, parando un tanto la violencia cantábrica guardando las Playas de la Concha y de Ondarreta de las grandes olas, que en otras playas abiertas del litoral impiden muchas veces gozar de los baños. Un servicio de barcas comunica con el puerto el islote. La visita al mismo y el trayecto valen la pena.

Plazas, paseos, calles y parques, cuidados, embellecidos con tino y mimo, forman el San Sebastián moderno, el San Sebastián confortable y pleno de amabilidad.

El barrio El Antiguo, fue posiblemente el asiento primitivo de la población de Donostia. La playa de Ondarreta está en sus términos. El barrio de Igueldo, alejado del centro de la población, se extiende por las faldas del Monte de su nombre. En tres minutos un funicular nos subirá a la cumbre desde donde se disfruta de una vista admirable sobre la ciudad y la Concha.

San Sebastián reposa, entre el monte Igueldo y el monte Urgull, sobre la bahía de la Concha. La ciudad está perfectamente dispuesta para que el visitante, el veraneante, el viajero, descansa de sus correrías por el país. Centros de recreo, clubs, asociaciones, agradables y varios se multiplican en la población. La playa de la Concha le acapará sus mañanas. San Sebastián no es una ciudad de visita artística, San Sebastián es una ciudad para pasarlo bien, para gozar de su delicado y confortable anfitrión.

De las iglesias de San Sebastián, hoy existentes, las que tienen más interés son las parroquias de San Vicente Mártir y de Santa María, ambas en el barrio viejo. Son de los pocos edificios de la población que se salvaron del desastre de 1813.

San Vicente Mártir es iglesia de larga historia. Fue, como Santa María, donación del rey Sancho el Mayor de Navarra al monasterio de Leire en 1014. Desaparecida la primitiva iglesia, la que hoy existe se construyó a partir del año 1507. Es gótica. Tiene tres naves. Desde el punto de vista artístico lo mejor que hay en esta iglesia es un buen retablo, del círculo de Juan de Anchieta, de finales del siglo XVI.

Santa María desapareció en 1278 por un incendio. Se construyó otra iglesia que ha desaparecido también. La actual se edificó entre los años de 1743 y 1746. Su fachada es de estilo plenamente barroco, mientras la estructura de su interior responde a la tradición vasca de las iglesias columnarias. Hay buenas pruebas del cincel del escultor donostiarra Arizmendi en esta iglesia, entre otras un magnífico San Pedro. Es interesante el altar churrigueresco debido a Tomás de Jáuregui. El altar mayor de un solo cuerpo lo diseñó Diego Villanueva. En este altar se venera la Virgen del Coro, antigua patrona de la célebre Compañía de Caracas.

Otra de las iglesias de luenga historia en la ciudad de San Sebastián, es San Sebastián el Antiguo. Ésta ya aparece citada en el año 1014. Destruída en el 1836, se rehízo más pequeña. Se halla comunicada con el Palacio Real de Miramar.

Las demás iglesias de San Sebastián son más modernas. Las del Buen Pastor con su alto campanario neogótico fue construida entre los años 1888 y 1899, y la de San Ignacio de Loyola, comenzada en 1892, fue inaugurada en 1897. La del Buen Pastor tiene hoy título de catedral.

Los edificios públicos de San Sebastián son hermosos, destacando entre ellos el Palacio de la Diputación y el Ayuntamiento. Éste se abre por una gran terraza sobre la explanada del Parque Alderdi-Eder.

El Museo de San Sebastián ocupa el antiguo convento de dominicos de San Telmo, fundado por el guipuzcoano Alonso de Idiáquez, secretario del emperador Carlos V. Es un edificio grandioso con hermoso claustro, sobrio, sin primores ornamentales, anticipando la desnudez y monumentalidad arquitectónica que en la segunda mitad del siglo XVI se difundirá desde El Escorial. Su construcción terminó en 1551. Modernamente su antigua capilla convertida en sala de actos ha sido

decorada con pinturas de José María Sert. El museo contiene interesantes muestras de arte, especialmente de pintura, y colecciones de interés para la historia local.

El Acuario o Palacio del Mar, sobre la bahía de la Concha, alberga el Museo Naval Oceanográfico, que consta de una sala consagrada a la pesca, laboratorio de oceanografía, aquarium propiamente dicho y, en el primer piso, un Museo histórico, con curiosidades, documentos, retratos, maquetas de navíos, que sintetizan la historia navegante de los habitantes de San Sebastián, que juntamente con la provincia tan altos nombres ha dado a la nómina gloriosa de los descubridores, de los conquistadores, de los hombres de guerra y de misión, mareantes y viajeros.

A la salida del Palacio del Mar, si el viajero no está demasiado cansado puede seguir un trecho el Paseo de José Antonio, magnífico paseo en cornisa que contornea el Monte Urgull sobre un mar abierto y casi siempre encrespado. O, si lo prefiere, puede subir por las sombreadas laderas de dicho monte hasta el Castillo de la Mota, que está en la cumbre, y admirar desde allí una estupenda vista.

Durante la época estival se celebran en San Sebastián una serie de actos culturales, artísticos, folklóricos y sociales. Por el auge que en pocos años ha alcanzado, señalaremos el Festival Internacional del Cine, cuya importancia parece ir decididamente en aumento. La Quincena Musical goza ya de sólido y brillante arraigo. Entre los festivales folklóricos destacan los que se celebran durante la llamada Gran Semana Tasca o «semana grande».

### *Alrededores de San Sebastián Visita de los Pasajes*

Por la tarde mejor que por la mañana. Por la tarde, tras de haber tomado café bajo los toldos de una terraza, tras de haber charlado de las serpientes de mar del verano, paso a paso, con calma, el viajero tomará el trolebús, si no dispone de vehículo propio. Los Pasajes están muy cerca de San Sebastián, tan cerca que si gusta de echar una hora a caminar en ella puede cubrir la distancia que los separa de la ciudad. A las cinco y media o seis de la tarde, estará en Pasajes de San Pedro. Para ir a Pasajes de San Juan, tomará una lancha de las que atraviesan el canal. A

la emoción de marinear por poco dinero, en uno de los más famosos puertos de pescadores de todo el Cantábrico, se unirá la emoción de contemplar el pintoresco perfil del pueblo de San Juan. Como la orilla de un canal veneciano rústico es Pasajes de San Juan. Las casas casi colgadas sobre el mar y las terrazas palafitarias, pintadas de colores, componen una escenografía magnífica.

Pasajes de San Pedro está situado al pie del monte Ulía y Pasajes de San Juan al pie del monte Jaizkibel. Divididos por el canal están unidos por la mar. Los dos pueblos son esencialmente marineros. De los Pasajes salen los barcos que van a Gran Sol, en el mar de Irlanda, y los que van a la pesca del bacalao a Terranova y los que corren el mar Cantábrico a la pesca del bonito y los que en la bajura enmallan la sardina y el bocarte.

Al atardecer entran las lanchas de la bajura y el viajero podrá asistir al espectáculo, al curioso espectáculo, del desembarco de la pesca. No es extraño que llegue alguna «pareja» de Gran Sol o algún barco en solitario de los que pescan «en trío» en aquellas aguas.

Unas sardinas como merienda en una de las terrazas de los bares de Pasajes de San Juan son algo delicioso. Sardinas recién llegadas, doradas en la parrilla o en la plancha, acompañadas del mejor camarada para estos trances: el tinto de La Rioja. El viajero puede ampliar su merienda-cena o decididamente cenar. Los restaurantes están perfectamente colocados para recibir la brisa del Cantábrico capaz de abrir el apetito al más inapetente. Meriende, meriende-cene o cene, siempre acertará.

El camino de vuelta no tiene pierde, que dice el aldeano: la aventura marinera del canal y el trolebús. Y otra vez San Sebastián, cuya noche de verano es larga.

### *Correría por la orilla del Bidasoa*

A dieciocho kilómetros de San Sebastián está Irún, a la orilla izquierda del río Bidasoa, mirando a Francia. Irún es final o principio de trayecto, según se venga o se vaya. Irún, como Hendaya en Francia, tiene su nombre hermano al de la capital de su nación. El guión que separa a Madrid de Irún o a París de Hendaya en las guías de ferrocarriles o en las de carreteras, es una cifra bastante considerable de kiló-

metros, un número indeterminado de paisajes y los llamados «peligros de la ruta». Estamos en Irún, en la ciudad de Irún, solamente para realizar un breve recorrido Irún-Fuenterrabía. De ciudad a ciudad, porque ciudades en Guipúzcoa no hay más que tres, incluyendo la capital.

Irún significa en vascuence «lugar de agua». Antiguamente dependió de Fuenterrabía. En el aspecto artístico Irún no es pobre por naturaleza, es pobre por desvalijamiento. Por ser ciudad fronteriza, por haber soportado guerras sin cuento, ha dejado la bolsa y la vida en la historia, ha renacido siempre de sus cenizas y hoy es una ciudad moderna, limpia e industrial. En Irún está la Isla de los Faisanes, cita entre aguas del Bidasoa de reyes, reinas, príncipes, infantas y cardenales. En esta isla se encontraron el cardenal Mazarino y don Luis de Haro, en 1659, para tramitar la paz de los Pirineos y la boda de Luis XIV con la infanta de España María Teresa, celebrada en 1660 en la iglesia de Fuenterrabía, lo que dio ocasión a nuevas reuniones en la islilla. En 1722 se efectuaron las entregas de la infanta doña María Ana Victoria para Luis XV y de la princesa de Montpensier, Luisa Isabel de Orleáns, que venía a casarse con el príncipe don Luis. En 1745 la entrega de la infanta doña María Teresa para el Delfín. Y de visita llegaron un día de 1830 don Francisco de Paula y su esposa. En menor cantidad de tierra no ha habido, en el mundo, tantos acontecimientos históricos seguidos.

En Irún hay que ver la Iglesia de Nuestra Señora del Juncal, ejemplo característico de la arquitectura religiosa guipuzcoana renacentista. Posee un interesante retablo mayor del siglo xvii. La ciudad cuenta con una notable Casa Consistorial y varios palacios de noble empaque.

El 30 de junio de cada año, en memoria del de 1522, Irún celebra su «Alarde». La batalla fue el día de San Marcial y el «Alarde de San Marcial» es un espectáculo de fiesta militar sin militares, porque los soldados del «Alarde» son los vecinos de Irún, organizados por compañías, uniformados de pantalón blanco, alpargata blanca y boina colorada, con chaqueta negra los del arma de infantería y con chaqueta azul los de artillería. Muchas banderas, mucho ruido de disparos, mucha alegría, mucho redoble de tambor y mucho toque de cornetas. Para conmemorar una batalla no se puede acudir a mejor procedimiento: hacerla de nuevo, aunque sea de mentirijillas. El conmemorar batallas o encuentros de esta manera tiene mucha tradición en España, aunque según las

regiones revista características propias. Recuérdense las «Fiestas de Moros y Cristianos» del levante y sudeste.

A tres kilómetros de Irún está Fuenterrabía, en la desembocadura del río Bidasoa. Desde la «Noble y Leal, Muy Benemérita, Generosa, Heroica y Muy Humanitaria Ciudad de Irún», como reza el dictado de su escudo, a la «Muy Noble, Muy Leal, Muy Valerosa y Muy Siempre Fiel Ciudad de Fuenterrabía», como los títulos de su escudo informan, apenas hay un paseo, que conviene dar. El paisaje del río Bidasoa rematado por los montes, entretiene la mirada del viajero. La línea fronteriza va por el agua y uno se la imagina recta o sinuosa nadando como una larga anguila.

En Fuenterrabía se repite la historia de Irún. Bastión fronterizo, ha luchado y padecido, ha ganado y ha perdido. En la parte vieja de la ciudad, está la Parroquia de Santa María de la Asunción y del Manzano, de finales del siglo xv. Iglesia de estilo gótico con adiciones de siglos posteriores.

En Fuenterrabía se pueden ver todavía restos de las antiguas fortificaciones —Murallas, Castillo de Carlos V, Castillo de San Telmo—, algunas correspondientes a las mandadas levantar por los Reyes Católicos.

Fuenterrabía ha tenido un gran pasado marineroy en el sello de su Ayuntamiento del año 1297 se ve una ballena arponeada. Hoy no a la ballena, pero sí a la sardina y al bonito hacen mar los hijos de Fuenterrabía. Una extensa playa hace las delicias de los bañistas, muy numerosos en verano.

Fuenterrabía, la antigua Ondarribia, es una pequeña y bella ciudad, situada en un paisaje repartido entre dos naciones, ¡quién sabe si por su encanto!

A unos tres kilómetros de Fuenterrabía se halla el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, en una estribación del Monte Jaizkibel. La imagen patronímica es muy venerada en la región. Frente a la iglesia se abre una espléndida vista sobre el estuario del Bidasoa. La subida al Jaizkibel desde el Santuario resulta fácil y vale la pena efectuarla para admirar, alcanzada la cumbre, un dilatado panorama.

En esta «correría» por la batida orilla del Bidasoa, antes de llegar a Irún, el viajero curioso ha podido visitar la villa de Rentería, hoy industrial, antaño marinera gracias a su canal; y haciendo una desviación de carretera de escasos kilómetros, el pueblo de Lezo, en el que hay una Basílica donde se venera un Cristo de mucha devoción en el país.

## *Avenida de las Playas*

Desde San Sebastián a Motrico, colindante en la costa con la provincia de Vizcaya, hay 57 kilómetros y cinco pueblos marineros: Orio, Zarauz, Guetaria, Zumaya y Deva. Desde la playa de la Concha a la playa de Saturrarán, están las playas de Ondarreta, la semiplaya de la ría de Orio, la gran playa de Zarauz, la pequeña de Guetaria, las dos playas de Zumaya —Santiago y San Telmo— y la de Deva, amén de canchales donde puede un osado bañista nadar y guardar la ropa, aunque no sea del todo recomendable dadas las características violentas del Cantábrico. Entre montes y playas corre la carretera, la llamada cornisa vascongada, que es una vía casi construida sobre la espuma de las olas del mar.

Orio, a la orilla del Oria, es un pueblo trenzado sobre la montaña. Sus callejas empinadas son como cauces secos de antiguos torrentes, y las casas que perfilan las callejas parecen más un amontonamiento desconcertado que una serena construcción, lo que le presta un aire pintoresco, impar, tema de artistas del pincel y delicia de turistas con «hobby» fotográfico. El pórtico de su iglesia, construida en el desnivel del monte, es una especie de corredor o paseo de ronda cubierto, al mismo tiempo que un palco para contemplar la ría y los muelles.

Orio está situado a veinte kilómetros al oeste de San Sebastián. Muy cercano a Orio, comunicado con él y con San Sebastián por carretera y por el ferrocarril de la costa, como todos los pueblos al comienzo nombrados excepto Motrico, cuya comunicación es sólo por carretera, está Zarauz.

Zarauz, a veintiséis kilómetros de San Sebastián, es cita de veraneantes en su magnífica playa; lugar de atardeceres con merienda de chocolate y bizcochos o soconuscos, refrescada de agua y bolado de limón; paseo de enamorados y melancólicos por sus carreteras; punto de coincidencia del toldo para el sol y la gabardina para la lluvia. Zarauz tiene casi al nivel de las olas el helecho y se supone que los de la punta de la carretera de Guetaria son más veces mojados por las olas que rompen furiosamente en las rocas que por la mansísima lluvia. Porque en la punta a la que hacemos referencia, cada ola es de por sí una tormenta.

Zarauz tiene un pequeño puerto, cobijo escaso contra el mar, para las pocas barcas de pesca que hay en el pueblo. Sin puerto casi, casi sin barcas, Zarauz tiene una gran tradición marinera y sus habitantes en los

ant años salieron como los de los demás pueblos de esta costa a la pesca de la ballena. Zarauz no ha dimitido del mar y a veces presenta una tripulación de «arrantzales» a las regatas, en las que son ases sus vecinos los de Orio.

Zarauz es antiguo, fundado en el solar de la casa de Zarauz. Sus calles son estrechas y en algunas hay palacios y casonas exornadas de escudos. Entre los palacios destaca el de Torre Lucía y el de los duques de Granada. La Iglesia de Santa María, construida en el siglo xvii y reformada a fines del xviii, tiene un retablo mayor churrigueresco muy interesante.

Zarauz debió ser fundada hacia el año 1200, al unirse Guipúzcoa a Castilla.

A unos 4 kilómetros de Zarauz, está la villa de Guetaria, en la falda del monte Gárate, sobre una lengua de tierra que avanza hacia la Isla de San Antón. Esta isla vista desde la playa de Zarauz parece un gigante ratón y así se le llama por los naturales del país: «Ratón de Guetaria».

Guetaria está unida a la isla de San Antón por un muelle para salir al cual hay que pasar bajo un arco corrido, abierto bajo la Iglesia Parroquial de San Salvador, llamado «catrapona». En la «catrapona» están los huecos donde se guardaban las redes y la capilla en la que, según se dice, oró Juan Sebastián de Elcano cuando regresó de dar la vuelta al mundo. En esta iglesia fue bautizado el ilustre navegante y es monumento nacional. Los días de grandes temporales llega el mar a rebasar la «catrapona» y sube un poco por la calle mayor o Kale Nagusia.

La iglesia de San Salvador es una de las maravillas del gótico. Tiene un emplazamiento muy particular entre el peñón y la playa, que influyó en su construcción, modificando la estructura normal de la planta, que no es rectangular en su cabecera. La iglesia es de tres naves y una galería de piedra muy trabajada. Las naves colaterales son de finales del siglo xiii y principios del xiv, y la central fue terminada en 1420, según el archivo. En el ábside hay dos altares mayores; el más bajo, al nivel del suelo de la sacristía, está situado sobre la bóveda de la «catrapona». A ambos lados hay dos escaleras de piedra, por las que se sube a una plataforma, que es donde está el verdadero altar mayor. La iglesia, aparte de su interés artístico, está muy vinculada a importantes acontecimientos de la historia guipuzcoana.

El ayuntamiento es otro edificio interesante. De piedra sillar, tiene dos arcos y un balcón corrido de hierro. Labrado en piedra está el escudo de la villa: una ballena con un arpón clavado.



En el punto que llegamos a Guetaria, tal vez por la pequeñez de su playa y por su glorioso pasado marinero, sentimos que hemos equivocado el nombre que hemos dado al viaje por la costa guipuzcoana. No paseo por la «Avenida de las playas», sino viaje por la «Costa de los pilotos», porque en todos los pueblos de esta costa y especialmente en el que ahora visitamos, han nacido las gentes de mar mejores que ha dado España. «Costa de los pilotos» que ocupa desde la desembocadura del Bidasoa hasta la desembocadura de la ría de Bilbao.

A seis kilómetros de Guetaria se encuentra la villa de Zumaya, bajo el monte Santa Clara, en la desembocadura del río Urola. Zumaya es la villa de las casas señoriales y el armorial de linajes vascongados se honra con sus muy ilustres nombres y blasones.

La Iglesia Parroquial de San Pedro es de estilo gótico y tiene unos bajos relieves interesantes de Juan de Anchieta de mediados del siglo xvi. Son también de interés las Ermitas de San Telmo y de Nuestra Señora de Arritokieta.

Zumaya es lugar de veraneo y tiene dos playas: San Telmo y Santiago. Tras el arenal de esta última se alza la Casa del Pintor Ignacio Zuloaga, que en vida la convirtió en museo. Merece la atención del viajero ya que, entre otras de interés, posee obras del Greco y de Goya.

Deva está en la desembocadura del río Deva, a 52 kilómetros de San Sebastián. Su playa es frecuentada por vizcaínos, guipuzcoanos y castellanos, pero especialmente por vitorianos, que la consideran su salida natural al mar del verano.

La Iglesia Parroquial de la Asunción del siglo xiv, reedificada a comienzos del xvii, pertenece al llamado gótico vascongado. De la iglesia antigua se conserva el vestíbulo con la portada adornada de profusión de santos. Esta fachada es un reflejo de prototipos navarros, como las que hemos visto en Vitoria, pero más tosca de talla.

En Iciar, a 7 km. de Deva, existe un santuario que encierra una imagen de la Virgen, antiquísima, muy venerada en la región.

A 57 kilómetros de San Sebastián está Motrico, último puerto de mar guipuzcoano y uno de los pueblos más pintorescos de la costa. Su Playa de Saturrarán, no muy frecuentada en comparación con las de los otros pueblos guipuzcoanos, es magnífica.

Motrico, visto desde la altura de un monte cercano, parece una construcción bonita y caprichosa de un arquitecto de casas de Nacimiento. La actividad de su puerto pesquero y el contraste de lo campe-

sino y marinero de las carretas de bueyes o de vacas y de las barcas de pesca, le prestan también una gratísima confusión de Nacimiento. No sería extraño que un buen día, un día lunático o limbático, los bueyes tiraran de las barcas y los carros fueran impulsados a remo. Motrico sin querer se ve con ojos de niño.

En Motrico nació Cosme Damián Churruca, ilustre marino, muerto en la batalla de Trafalgar y al que hasta sus enemigos honraron por su valor; es llamado «el héroe de Trafalgar».

### *Visita a Loyola*

Para visitar la Basílica de Loyola, en Azpeitia, conviene seguir esta ruta: por la carretera de la costa hasta Zarauz, donde se toma la que va a Iraeta para enlazar con la del río Urola, que sigue cauce arriba atravesando Cestona, lugar de aguas minerales y de célebre balneario, donde se puede admirar la Casa Solar de Lili, uno de los palacios más interesantes de Guipúzcoa. Desde Cestona se continúa hasta Azpeitia, a 52 kilómetros de San Sebastián. Es la villa de Azpeitia eminentemente religiosa, con gran cantidad de iglesias y conventos. En la Iglesia Parroquial de San Sebastián fue bautizado San Ignacio de Loyola, hijo de la villa. Otra de las iglesias importantes por su pasado histórico es la de Nuestra Señora de Olas, donde tenían lugar las juntas de Guipúzcoa hasta el siglo XVIII. Como dato curioso destacaremos la presencia de un edificio exótico en el país: una casa de estilo mudéjar.

La Basílica de Loyola guarda en su interior la casa solariega del santo. Fue construida según planos del arquitecto italiano Carlos Fontana. La iglesia es de planta circular, cubierta con una gran cúpula. En la frondosa decoración del frontón intervino probablemente Joaquín Churriguera. Quedó terminada en 1888.

El regreso desde Azpeitia lo haremos por la carretera de Tolosa para visitar la villa de este nombre.

Tolosa es una de las villas más industriales de Guipúzcoa. Por su estratégica situación entre Castilla y Navarra, Tolosa fue arrasada en la lucha entre estos dos reinos en varias ocasiones. Pocos momentos quedan para deducir el pasado de la villa. Sin embargo, es interesante su visita porque tiene un carácter, me atrevería a decir un no sé qué atractivo, que la hace muy digna de ser recorrida. Situada sobre el río Oria,

ennegrecida de lluvias y brumas, Tolosa lleva una vida intensa de trabajo y es uno de los motores más fuertes de la economía guipuzcoana.

De Tolosa regresamos a San Sebastián.

### *Romero a Aránzazu*

Ruta: San Sebastián a Tolosa. Tolosa a Beasain. Beasain a Ormaiztegui. Ormaiztegui a Oñate.

En un alegre valle al pie del monte Aloña está la villa de Oñate, regada por tres ríos que se unen, pasando bajo los claustros de su iglesia parroquial. En sus calles antiguas parece que el tiempo se ha quedado detenido en la nostalgia que rezuman sus palacios, en la calma perfecta de sus templos.

El monumento más interesante de Oñate es su universidad, una de las muestras más brillantes del arte renacentista. Fundada en el siglo XVI por el obispo don Rodrigo Mercado de Zuazola, en virtud de un acuerdo firmado en Valladolid en 1539 con el emperador Carlos V. En la Universidad se explicaba Filosofía, Leyes y Cánones. Hasta 1842, en que fue suprimida como tal Universidad por el duque de la Victoria a la sazón regente, fue centro cultural importante al que acudían estudiantes de todo el País Vasco.

La Universidad es obra del francés Pierre Picart. De los tres cuerpos que tiene la fachada, el central que da entrada al patio aparece esplendorosamente decorado. Los cuerpos laterales, sobrios en el frente, se rematan en las esquinas con unas torcillas salientes decoradas como la parte central.

Las líneas del edificio son clásicas, pero en la exuberante decoración de la fachada permanece el recuerdo del gótico. La capilla tiene un gran altar digno del plateresco de la portada y de las mismas características. Bellísimo, también, es el claustro con sus arcos de medio punto delicadamente decorados y su ancha cornisa engargolada.

El artesonado de la escalera es otra maravilla de la Universidad.

En la Iglesia Parroquial de San Miguel, se puede ver el panteón del fundador de la Universidad, de una gran suntuosidad plateresca, obra del gran escultor Diego Siloé. De gran interés es asimismo el sepulcro de un conde de Ofiate, obra gótica de hacia 1400, y el retablo mayor, de estilo plateresco. Este templo de estilo gótico, bello y espacioso, tiene adosado a un costado exterior un magnífico claustro mandado construir por el obispo Mercado.

Los conventos y ermitas que pueden visitarse en Oñate son muy numerosos. En todos ellos se pueden encontrar obras de arte o algún recuerdo de valor religioso e histórico.

Entre las casas señoriales destacan la Casa Lazárraga del siglo xv y el Ayuntamiento. Bello ejemplar de la arquitectura civil del siglo xviii, fue construido en 1779-1783 por Manuel Carrera, que era hijo de Martín Carrera, autor de la casa consistorial de Mondragón (1746), también muy hermosa. Desde Oñate nos espera una hermosa excursión de montaña. Se trata de subir al Monasterio de Aránzazu para visitar éste y para el espeleólogo aficionado, si lo desea, echar al paso un vistazo a dos cuevas de interés que hay en sus inmediaciones: la caverna de Aizkirri en la abrupta montaña, donde se han encontrado muchos fósiles de animales antediluvianos, y la de Aitzulueta.

A 9 kilómetros de Oñate termina la carretera al pie del monasterio, uno de los más populares de Vascongadas. Su origen se remonta al año 1469, fecha en que se cuenta que la Virgen se apareció a un pastor sobre un espino o zarza, de donde viene el nombre de la ermita que se construyó inmediatamente dedicada a Nuestra Señora de Aránzazu, que quiere decir del espino. Los religiosos de la Merced se hicieron cargo de la ermita y levantaron un convento que no llegaron a terminar ya que emigraron por las dificultades del terreno y del clima, excesivamente frío. Más tarde lo adoptaron los franciscanos, que tienen allí convento y seminario. La basílica «neogótica» que se construyó en 1846 ha sido demolida en la última década, con el fin de levantar allí mismo una nueva iglesia, más amplia. Esta nueva iglesia (terminada hace pocos años) es de «estilo de vanguardia» en el mejor sentido de la palabra, muy bella y luminosa, y ha sido decorada con mucho gusto.

Las campas que hay en torno al monasterio se suelen llenar de romeros el día de la Virgen. La romería de Aránzazu es una de las más concurridas del país. Pero, lector viajero, a Aránzazu se puede ir de romero en cualquier fecha.

### *Villas al margen*

La comodidad de los itinerarios obliga a que algunas villas importantes de la provincia de Guipúzcoa queden al margen. Así Mondragón, Vergara y Eibar.

Mondragón y Vergara se alcanzan mejor desde la ciudad de Vitoria que desde San Sebastián. Servidas por el ferrocarril vasconavarro que enlaza con el de la costa en Málzaga, lo mismo que por la carretera de Vitoria a la costa, parece mejor punto de partida para el interesado en su visita a Vitoria.

Mondragón es una villa industrial, hundida en un valle. Su Iglesia Parroquial de San Juan es muy antigua y en ella predicó San Vicente Ferrer en la Semana Santa de 1408. Su Casa Consistorial —ya lo hemos dicho— es un bello edificio. Mondragón está a pocos kilómetros de Vergara.

Vergara está al pie del monte Elosua y la riega el río Deva. Es una de las principales villas de Guipúzcoa. En la Parroquia de San Pedro de Ariznoa, sólido templo antiguo reedificado en el siglo xvii, se conserva una bellísima *Imagen de Cristo en la agonía*, obra del gran imaginero sevillano Juan de Mena. En la villa hay bellos ejemplares de arquitectura civil, como el palacio renacentista de Olaso y el Ayuntamiento, de estilo barroco.

Eibar está poco más o menos a la misma distancia de San Sebastián que de Vitoria, pero su visita es más recomendable a partir de los itinerarios vizcaínos, por ejemplo el del duranguesado.

La villa de Eibar es el mayor centro industrial de Guipúzcoa, con antigua tradición en los talleres de damasquinado y armería. La fabricación de armas se remonta aquí a la Edad Media.

La Iglesia Parroquial de San Andrés es uno de los templos más hermosos y originales de Guipúzcoa. Su reconstrucción —casi todas las iglesias del país han tenido que ser reconstruidas: tiempo, guerras, accidentes, se concertaron contra ellas— comenzó a fines del siglo xvi. Tiene un retablo muy bello de Andrés de Araoz.

Para el viajero el trébol vascongado tiene ya dos hojas.

### *Vizcaya*

Vizcaya es una ebullición: España a cien grados de trabajo. Vizcaya es una gigante villa más que una pequeña provincia; una villa con enormes parques de altos montes y valles profundos entre barrios. Vizcaya es ribera de todos los mares y proa de todos los rumbos. Vizcaya se ha hecho sobre la voluntad.

Vizcaya fue tierra de grandes bosques de castaños, hayas y robles, que fueron en disminución a partir del principio del siglo XVIII en que comenzaron los vizcaínos su proceso industrial multiplicándose sin cesar las herrerías. Necesitadas de leña y carbón de leña, se talaron los bosques y esto, unido a la enfermedad que a finales del siglo pasado asoló los bosques de castaños, hizo que muchos de los grandes parajes cubiertos de arboleda desaparecieran. Hoy se ha puesto remedio a esta descaracterización arborícola del país con la repoblación forestal y los «sebes» o bosques plantados y cercados, vigilados cuidadosamente.

Bosques, praderas y campos de cultivo se suceden en las tierras de Vizcaya. Y si antes era solamente el caserío el edificio del paisaje, hoy ya lo es también la fábrica. Los ríos ya no tienen la claridad de antaño por los desagües industriales que tintan sus aguas y matan la pesca. De muchas partes de Vizcaya se puede decir que el hombre va borrando un paisaje y haciendo otro.

### *Arriba y abajo por la Calle Mayor Bilbao*

Ya hemos dicho que la ría de Bilbao es la calle mayor de Vizcaya. Unidos el Ibaizábal y el Nervión pocos kilómetros antes de Bilbao, entran en éste, lo atraviesan y ya siendo aguas con influencia de las mareas cantábricas corren Deusto, Baracaldo, Erandio, Sestao, Lejona, Las Arenas, Portugalete, Santurce y Algorta, hasta aguas del mar.

Bilbao se compone en cierto modo de dos ciudades distintas: la ciudad vieja, en la margen derecha del Nervión, y la ciudad nueva, que comprende el barrio del Campo de Volantín, en la misma orilla, y toda la parte edificada en la orilla izquierda, de aspecto moderno. Una serie de puentes (del Arenal, de San Francisco, de San Antón, de la Merced, del General Mola, del Generalísimo) enlazan ambas márgenes. Las calles por lo general estrechas y los rincones sosegados de la ciudad vieja contrastan con las anchas avenidas, la actividad y el bullicio de la ciudad nueva. El Paseo del Arenal con su frondosa arboleda es el punto de unión y el entronque sentimental de los dos núcleos de población.

Pero Bilbao, fotografiado, pintado, dibujado, sellado, planificado, comentado y amado de perfil, es San Antón, la Iglesia de San Antón. Se mire como se mire a la villa, con ojos de industrial, con ojos de nave-

gante, con ojos de historiador, con ojos de concejal o de ratón de biblioteca o de nostálgico ausente o de forastero, por encima y por debajo del humo, delante o detrás de las chimeneas, entre palos de barcos o entre ramas de árboles, aparece siempre San Antón.

San Antón no es una joya artística, ni una gran muestra de arquitectura, ni un triunfo de lo grandioso; es una iglesia modesta. Ciertamente que tiene una hermosa portada plateresca, pero no es mucho, como tampoco son muchos los datos de ella que vamos a dar. La iglesia se terminó en 1433. Su estilo es gótico avanzado. El campanario fue remozado en 1755. Y a su vera siempre tuvo un puente. Un puente por el que ha pasado mucha agua. Pocos datos para algo tan significativo como San Antón, para un amor tan acendrado, para una existencia tan vinculada, tan maridada con la villa, pero las cosas suceden así: las historias de los grandes amores son tan íntimas, tan de los que se aman, que desde los extramuros de la anécdota o del relato casi son historias desprovistas de interés.

La iglesia más antigua de Bilbao, incluso anterior a la existencia de la villa, es la de Santiago que desde hace unos años es sede episcopal y tiene por tanto el título de catedral. La primitiva iglesia empezó a ampliarse en 1379. Primero se construyó el coro, luego el claustro del Ángel, con su patio; después el atrio y finalmente se levantó un nuevo cuerpo de torre sobre el primitivo, que iba a ser derribado un siglo después por temor a que se derrumbase. El templo es gótico, tiene tres naves y girola. Bajo sus ventanales corre una alta galería. Es posiblemente el mejor ejemplar del gótico en Vizcaya.

Otra iglesia, la de la Encarnación tiene una portada que es buen ejemplo del arte renacentista con añadidos barrocos.

San Vicente se alza en una céntrica zona de Bilbao, barrio de Albia, que antaño correspondía a la anteiglesia de Abando. Es un hermoso ejemplar de iglesia columnaria del siglo XVI, tipo característico de la arquitectura vascongada de esa época. Tiene columnas toscanas, tres naves formando salón y bóvedas góticas de crucería.

La Iglesia de Begoña, reedificada en el siglo XVI, es de rasgos similares a la de San Vicente; en ella se venera la Virgen de Begoña, patrona de Vizcaya.

San Nicolás de Bari está situada junto a la explanada del Paseo del Arenal. La actual iglesia data del siglo XVIII. Tiene un bello retablo mayor y una buena imagen de Juan de Mena en un altar lateral.

El Museo de Bellas Artes, sito en el parque de las Tres Naciones, figura entre los más importantes de España. Sus colecciones comprenden una buena representación de primitivos castellanos, catalanes, valencianos y andaluces (y no los hay vascos porque la pintura no florecerá en Vasconia hasta el siglo XIX); un excelente muestrario de grandes y pequeños maestros de los siglos XVII y XVIII, desde el Greco hasta Goya, pasando por Ribera, Zurbarán, Valdés Leal, Gentileschi, Paret y muchos otros. Las salas de arte contemporáneo ofrecen un panorama completo de la pintura vascongada (a destacar la serie de Regoyos), sin que falten obras de otras escuelas; el de Bilbao es el único museo español donde puede verse, por ejemplo, un cuadro de Gauguin. En los últimos años se ha ido formando asimismo una magnífica colección de escultura antigua.

Aunque menos cuidado que el anterior, también es de gran interés el Museo Arqueológico y Etnológico, instalado en la plazuela de San Juan, en el casco viejo de la ciudad.

Si el viajero está dispuesto a darse un paseo por las orillas de la RÍA y entretenerse contemplando el ir y venir de gabarras, el atraque o desatraque de los mercantes, la carga y descarga, puede optar por ser trasladado en un trolebús por la orilla derecha o ser conducido en un trenecillo por la orilla izquierda. Yo le recomiendo la orilla euskera, la derecha, para ir, y la encartada, la castellanizada, para volver. Así siempre irá por su derecha.

Pasado Deusto y todas las fábricas de su término, llegará a Erandio, que tiene una hermosa iglesia parroquial de estilo gótico, la de Santa María. Puede interesarle visitarla. Cuando llegue a Las Arenas atravesará la ría por el puente colgante, calculará cuánto y hasta cuándo resistirán los cables de los que cuelga la móvil plataforma y quedará depositado en la orilla izquierda. Está en Portugalete. No pare el viajero en esta villa, camine al norte hacia Santurce. Tan poca distancia hay de Portugalete a Santurce que el paseo sin cansar al viajero le abrirá las ganas de comer. Recomendamos al viajero que se conduzca tradicionalmente y pida sardinas. Las sardinas de Santurce y el chacolí, que, no lo hemos dicho todavía, es un vino de uvas de parra o de viña alta, le preparan el estómago para mayores empresas. En uno de los restaurantes con galería encristalada, cara al abra de Bilbao, las sardinas y el chacolí saben a salmón y a champán. El chacolí tiene su truco y se recomienda medida,



porque su acritud y finura disponen al consumidor a hacer demasiado consumo y, aunque parezca que no, se sube a la, cabeza.

Después de comer, regresará con calma a Portugalete, bonita villa. La Iglesia Parroquial bajo la advocación de Santa María es de estilo gótico tardío, en forma de cruz latina, con tres naves y elevadas bóvedas. El retablo mayor es obra de Guiot de Beaugrant, un escultor flamenco de gran talento que se estableció en Bilbao a comienzos del siglo xvi y esculpió numerosos retablos en la región. A su taller pertenece sin duda el altar de la Adoración de los Reyes de esta misma iglesia. Dejando Portugalete a sus espaldas el viajero llegará prontamente a Sestao, anteiglesia poseedora de una hermosa Torre, muy bien conservada, con cuatro cubos y crestería gótica de piedra.

Llegados a este punto es más que probable que el viajero esté dispuesto a no dar un paso más. Tampoco se lo recomendamos. Puede coger el trenecillo y acercarse a Bilbao, no tan rápidamente que no pueda echar una larga ojeada a la ría y a su tráfico. Por si se anima y se decide, le advertimos que en su ruta está Baracaldo, gran población industrial. Como le suponemos lo suficientemente fatigado para no decidirse, le dejaremos continuar hasta Bilbao.

Desde Bilbao a Portugalete y a Las Arenas no hay solución de continuidad: fábricas, industrias, altos hornos, astilleros, fundiciones, se suceden. La orilla izquierda está perfilada por los montes de Triano, montes desentrañados a golpe de pico, de barreno y de perforadora, montes del hierro, montes de la fundación de Bilbao y del crecimiento industrial de la ría.

Por Bilbao conviene pasear de distraídas, fijándose en todo y en nada, sonambuleando. Porque pasear en un lugar de trabajo y asistir al trabajo de los demás, con curiosidad de paseante en corte, no es muy delicado.

### *La sombra de Shanti Andia*

De Bilbao a Munguía. De Munguía a Górliz. De Górliz a Plencia, Sopelana y Algorta, y por la ribera de la ría otra vez a Bilbao. Una excursión de no muchos kilómetros y sí muchas delicias. Tranquila, apacible, la ruta nos lleva a las tierras del oeste de Machichaco, al arenal de Górliz, a las playas de Plencia —estupenda la de Arrico-Arrichu— y por

Sopelana, hasta la elegante Algorta. De Munguía a Gática hay pocos kilómetros y podemos admirar en su término el famoso Castillo de Butrón. Castillo fantástico, castillo de cuento germánico, castillo hecho a imagen y semejanza de los castillos de los cuentos. Si bien todo el mundo está conforme en que el castillo de Butrón —construido en el siglo XIX— es un falseamiento, una irrealidad, y que poco o nada tiene que ver con los castillos o torres vascongados, no se le puede negar su belleza y el encuadre perfecto que tiene en el paisaje.

En Munguía las iglesias existentes, a pesar de sus antiguas fundaciones, no conservan vestigios anteriores a los finales de la Edad Media. En el Museo Arqueológico de Bilbao se conservan algunos capiteles románicos procedentes de Munguía, muy interesantes. Sin embargo, en su término, al pie del monte Jata, se ha conservado la Ermita de San Miguel de Zuméchaga, una de las edificaciones de tipo religioso más primitivas de Vizcaya; «maravilla del románico vizcaíno, diminuta y breve como una joyita», en frase de Juan Antonio Gaya Nuño, autor del mejor estudio moderno sobre la arquitectura románica de la provincia.

Muchas casas fuertes hay en el término de Munguía.

Esta excursión nos hace conocer las playas del noroeste de la desembocadura de la ría. No es aquí todavía donde podemos encontrar la sombra del gran personaje creado por Pío Baroja, pero ya son territorios cubiertos por las sombras de los tripulantes que con Shanti o con el capitán Chimista o con el avaro y rezador Zaldumbide, corrieron las aventuras de los tesoros de piratas, de los barcos negreros, de los buques del corso, de los castigos de los pontones en los pantanos de la costa inglesa, de todas las aventuras que el lector ha vivido llevado por la pluma del novelista. La sombra de Shanti Andía anda vagando para el que la quiera reconocer por los cantiles que van desde el cabo Machichaco hasta la pescadora Ondárroa. Quien baya leído a Baroja sentirá cuando se asome al Cantábrico en Machichaco un aliento que llega desde el horizonte y que le trae fantasmas de veleros, ruidos de las cadenas de los anclotes, canciones vascuences de marineros y como una turbación producida por los viejos mitos de la infancia. Por eso, el segundo itinerario de esta costa ha de hacerse bajo esa advocación: la de Shanti Andía. De Bilbao a Munguía, de Munguía a Bermeo, de Bermeo al Machichaco. En Machichaco solamente mirar a la mar y volverse otra vez a Bermeo, seguir a Mundaca —«agua limpia»—, bajar por la izquierda orilla de la ría de su nombre hasta el árbol foral de Guernica.

En Guernica pensar y seguir hasta Elanchove, Ea, Ispáster, Lequeitio de Shanti Andía y Ondárroa. El regreso por Marquina —Universidad de pelotaris— y por los caminos de Duranguesado, a Bilbao.

Entre Baquío y Machichaco está el Peñón de San Juan de Gaztelugache, pleno de leyendas, desafiando al Cantábrico, indomable. Machichaco es el Finisterre del País Vasco. Machichaco es un guerrero en permanente combate, en permanente torneo con las fuerzas del mar. Para llegar a Machichaco hemos pasado por Bermeo y ahora, a la vuelta, en él hacemos alto. Fue esta villa, solar de Ercilla el de La Araucana, batida, discutida, a lo largo de toda su historia. En Bermeo, los reyes y señores habían de jurar los fueros y leyes privativas del señorío de Vizcaya. La iglesia de Santa Eufemia era el lugar elegido. De esta iglesia apenas queda hoy traza de su primitivo estilo. La casa torre de Ercilla es hoy museo naval.

En la jurisdicción de Bermeo está la isla o peñón de Ízaro sobre el que se fundó en 1422 un convento de franciscanos. Del convento y de la ermita posterior al establecimiento de los franciscanos, nada queda hoy.

Bermeo es patria de pescadores y de mareantes. Los barcos bermeanos pintados de colores, reflejando los pequeños acuarios de los cebos vivos que llevan en cubierta a las indecisas luces del atardecer cuando entran en puerto, son un espectáculo inigualable. Los boniteros y las sardineras de los bermeanos, se atreve a decir el que esto escribe, a su compañero y amigo el viajero, que son los barcos y barcas de líneas más bonitos de todo el Cantábrico.

En Mundaca, a la orilla de la ría de su nombre, los rincones típicos abundan. Mundaca es lo contrario que Bermeo. Bermeo de pescadores puros, tal vez los únicos de la costa vascongada que definitivamente han vuelto las espaldas a la tierra y ni huerto ni predio cultivan. Mundaca está materialmente salpicada, recortada, compartida por sus habitantes que gustan de trabajar sus huertecillos.

Junto a Mundaca está Pedernales y desde Pedernales y Mundaca se contempla el islote de Chacharramendi. Al comienzo de la ría de Mundaca se encuentra Guernica que también da a la ría, porque la ría es de Mundaca y de Guernica. El viejo árbol de Guernica que se conserva en la Casa de Juntas, es un tronco muerto, una momificada corpulencia. Un vástago de él es el actual árbol guerniqués, devoción de los vascos.

Por la orilla derecha de la ría desciende hasta el mar una carretera que nos lleva a Elanchove en las inmediaciones del Cabo Ogoño.

Elanchove está escalonado entre el mar y el cementerio. Don Adolfo de Aguirre, citado por Echegaray, dice de este pueblo: «La última casa del pueblo, la más alta, es el cementerio. Elanchove está entre el mar y la muerte...»

Hacia Lequeitio está Ea. Después Ispáster, luego Lequeitio.

Lequeitio es villa de larga historia. Lequeitio de marineros, «Lequeitio en marineros abundante» que en el *Bernardo* de Bernardo de Balbuena se dice.

Marineros de Lequeitio ha habido en todos los empeños navales de España y mientras la villa exista, marineros dará Lequeitio.

Lequeitio tiene una hermosa basílica, la de Santa María de la Asunción, muestra del arte gótico. Tiene un ábside poligonal y tres naves. El altar mayor, obra de principios del XVI, es magnífico. Se debe a Juan García Crial. Es de estilo gótico filigranado y se puede considerar como una de las joyas más importantes que tiene la provincia de Vizcaya.

De Lequeitio a Ondárroa, su hermana pescadora. Desde la carretera que nos lleva a Ondárroa podemos ver la playa lequeitiana de Carraspio.

Ondárroa es un pueblo de pescadores construido sobre la vertiente de un monte, escalonado su caserío. En Ondárroa decimos adiós al mar Cantábrico y a las villas pescadoras de la costa. Les decimos adiós con las palabras de la canción:

«Agur, agur, Ondarroako...» Marinos, pescadores, aventureros de la mar, quedan ya a nuestras espaldas. En el rincón de la taberna portuaria, en el rincón de las narraciones donde se trenza la nostalgia, queda Shanti Andía mirando a los hombres de la mar que beben su vino hablando de la mar, recordando cosas de la mar, contemplando la mar por las cristaleras, viviendo la mar cada minuto de su existencia.

Llegamos a Marquina, sobre una planicie. Fue villa murada, villa de claros linajes vascongados de los que se conservan casastorres. Solar del más puro vascuence. Universidad donde se doctoran los pelotaris que parten a dar la vuelta al mundo por el paralelo de los frontones. Cerca de Marquina está Cenarruza, digna de visitarse por su colegiata, cuya fundación se remonta al siglo X. Entre sus preseas artísticas destacan su claustro de la primera mitad del siglo XVI, el retablo mayor, de estilo plateresco, y el sepulcro del caballero Diego de Irusta, obra de Guiot de Beaugrant.

De Marquina a Bilbao, por el Duranguesado.

## *El Duranguesado*

Otra de las excursiones que se nos brinda por la provincia de Vizcaya, es la visita del Duranguesado. Y en el Duranguesado, Durango su capital y el pueblo de Elorrio.

Desde Bilbao a Durango y una vez visto Durango, continuamos hasta la villa de Elorrio, regresando por la misma carretera a orilla del Ibaizábal.

Durango está situado sobre una llanura considerada como la mayor de Vizcaya. No es Durango una población que guarde tesoros artísticos. En su Iglesia de Santa María hay, sin embargo, un buen retablo mayor, de la escuela de Juan de Anchieta (segunda mitad del siglo xvi). Agradable, limpia, simpática, aun no siendo muy industrial, puesto que sus habitantes se dedican en su mayoría a la agricultura, tiene hoy, como casi todos los pueblos de Vizcaya, fábricas en abundancia.

Cerca de la capital del Duranguesado está Elorrio en el que podremos admirar sus cruces, todas ellas muy notables y de la que son buena muestra la de Elesburu, la de Iguria, Crutziaga y la de la plazoleta de Santa Ana.

Hay que señalar también el retablo mayor de la Iglesia de San Agustín, uno de los más notables retablos platerescos de Vizcaya.

El paisaje del Duranguesado es uno de los más hermosos del País Vasco. Sus carreteras cubiertas de árboles son realmente verdaderos paseos.

## *Las encartaciones*

Una de las curiosas características geopolíticas que tienen Las Encartaciones, es la de estar aislado en su término, desvinculado de su provincia el valle de Villaverde de Trucíos, que es santanderino. Y al partido judicial de Valmaseda que comprende todas Las Encartaciones, le corresponde también otra isla, ésta vizcaína, entre tierras de Álava y Burgos: Orduña.

La villa de Valmaseda está situada sobre el río Cadagua. Río pontonado profusamente. El Puente Viejo de Valmaseda es muy hermoso.

En Las Encartaciones, algunos de cuyos pueblos ya hemos visitado al bajar por la orilla izquierda de la ría de Bilbao, se encuentran

casas-torres muy bonitas o iglesias interesantes. En ORDUÑA merece visitarse la de Santa María..

### *Viajero de las cavernas*

El que guste de explorar, contemplar o admirar cavernas, encontrará en tierras de Vizcaya, un amplio programa a cubrir. En la Caverna de Covalanas, cerca de Lanestosa, se asombrará con las pinturas y grabados de los artistas prehistóricos. Bueyes, caballos, corzas y ciervos, decoran sus paredes. Pinturas rupestres encontrará también en la cueva de San Mamés de Basondo. Y en la cueva de Azco y en la de San Martín y en la de la Peña de Mugarra y en muchas más, se le ofrecerá la posibilidad de practicar su afición.

Y en este punto se completa el trébol que hemos salido a buscar por los caminos de Vascongadas. Obvio es decir que el viajero tal vez encuentre plantas más interesantes por su cuenta que las que se apuntan en este recorrido. Le deseamos que así sea.

### *Alivio de caminantes*

Lector amigo, fatigado compañero, has rendido viaje en el punto final de los itinerarios. Ya conoces el País Vasco, si no palmo a palmo sí legua a legua, que es vieja y hermosa medida de andarín, de peregrino, de trotamundos, de gentes del camino. En el trajín de la carretera, en el azacaneo urbano, en la andanza de los senderos del campo, has topado muchas y muy diversas cosas, tantas que tendrás que ayudar a la memoria con los carretes de tu máquina de fotografiar. Cosas que fueron placer, regocijo, diversión, admiración o asombro. No creo que te llesves ni un solo recuerdo malo de este país pero sí, acaso, en tu corazón una emoción inesperada, porque el corazón del viajero es un cazador de emociones, con futuro de nostalgia.

Habrà cosas que no estarán ni en las fotografías, ni en la memoria, ni en el corazón, pero que te hicieron los caminos más entretenidos, los descansos mejores, más gratos los ocios y completaron también tus ideas sobre el país. De estos «alivios» del caminante quiero hablar.

## *Oído al parche*

«Los vascos son un pueblo que baila sobre el Pirineo.» Que baila, canta y toca tambor y chistu.

La danza es consustancial a la fiesta popular vascongada, o mejor dicho, la danza es la fiesta. A la luz del día, en la plaza pública, los vascos bailan al son del chistu y el tamboril. Pero el chistu y el tamboril no son instrumentos extendidos por igual en el país. Podríamos decir que son casi exclusivos de las provincias donde se habla euskera o de las zonas donde este idioma tiene vigor y fuerza. Naturalmente todavía se conserva en lugares «castellanizados» y aún se ha introducido en partes castellanizadas desde antiguo, pero se pueden trazar límites concordantes con los de la lengua vasca para el tamboril, el chistu y sus ritmos y melodías.

En La Rioja el chistu o silbo es sustituido por la dulzaina o gaita castellana y en las aldeas del llano alavés es raro el chistu, aunque Vitoria tenga dos bandas de chistularis —la de la Diputación y la del Ayuntamiento— consideradas de las mejores del país, amén de multitud de aficionados a tales instrumentos. Hoy hay bandas de chistularis pero primitivamente no había más que un chistulari. Éste con el tamboril colgando del brazo izquierdo marcaba los puntos con un palillo manejado con la mano derecha, mientras que con la siniestra ejecutaba las melodías en el chistu.

Al son del chistu y el tamboril baila el vascongado. En sus danzas poco se mueve la cintura. Son danzas de piernas y de brazos, ceremoniosas o gimnásticas, reverenciales o violentas. Telesforo de Aranzadi, autoridad en folklore vascongado, escribe de las danzas: «Hay danzas puramente viriles, como las del bordón, broquel, escardillo, espadas y en general el verdadero zortzico en compás de 5 por 8, pero en la no menos peculiar, llamada hoy auresku por su parte más lucida y habilidosa en combinación complicada de 3 por 4 y 2 por 4, se sacan parejas, aunque la parte más difícil corresponda sólo a los hombres». Este autor hablando de las danzas femeninas del pasado —echeandre-dantza y neskachen-esku-dantza— dice que la gizón-dautza o aureskic se baila también en femenino, donde la parte más difícil les corresponde a las mujeres.

El auresku y la espata-dantza son bailes que no pueden faltar en ninguna fiesta popular vascongada. Estas hermosas danzas entusiasman a los vascos. A los vascos y a todo aquel que tenga ocasión de contemplarlas. Una mañana de domingo en la plaza de una aldea viendo bailar

a los mozos y las mozas del pueblo, mientras el viajero degusta un buen vaso de sidra o de chacolí, es algo que no se olvida fácilmente.

La canción vascongada es dinámica, vivaz y alegre. Se interrumpe del grito, relinchido o irriutzi de los mozos. Llena el corazón de optimismo. Clarifica, decanta el ánimo. Pero a veces está teñida de una grave melancolía, de una dulzura triste, de un como resumen de los murmullos de los bosques, de los días lluviosos, de los ruidos del mar. Canciones que tienen algo que está entre la nostalgia y la congoja, que son una emoción que poco a poco se va apoderando del que las escucha.

Entre las canciones vascongadas es el zortzico una de las más características. Tras de las canciones, de los ritmos y melodías del tamboril y el chistu, tras de la danza nos obligamos a hablar de la panza. De la panza sale la danza, afirma el dicho popular, pero nosotros creemos que en el País Vasco la cosa debe ser a la inversa porque antes de sentarse a una mesa vascongada conviene hacer apetito, conviene danzar.

### *Anfitrión, Gargantúa*

La palabra Gargantúa, por su terminación, parece vascongada. Parece, sí, pero en el País Vasco el señor Gargantúa se llama Tragantúa. En Vitoria sacan al señor Tragantúa a comer y descomer chiquillos. Es un muñeco de cartón y madera montado en un carro de bueyes, sentado sobre una gigante taza y servido por dos cocineros. El intestino del señor Tragantúa es un tobogán. El señor Tragantúa se come la infancia vitoriana durante las fiestas de la población. Es placer de chiquillos, rememoración de mayores, porque el señor Tragantúa tiene ya muchos años de servicio, muchos kilos de vitorianos devorados. Lo que no hace el señor Tragantúa de Vitoria es beber, de eso se encarga el *cashero* Celedón, aldeano de nariz colorada, de faja suelta, de bota de vino en bandolera y de buena disposición para trasegar sidra, chacolí, caldos de La Rioja y de toda clase de bebidas, aunque no sean tan de la tierra como las antes dichas.

El señor Tragantúa y el *cashero* Celedón pueden ser los simbólicos guardianes de todas las bodegas, restaurantes, figones, casas de comidas, tabernas, «sociedades» del país. ¿«Sociedades»? Viajero, has podido recorrer los grandes restaurantes, las afamadas bodegas, los figones de especialidades célebres, ¡qué sé yo!, pero si no has estado en una «socie-



dad» te vas del país sin una de las experiencias más agradables, simpáticas y reconfortantes que puedas tener. Es necesario que te hagas amigo de un socio, al que debes rogar encarecidamente que te lleve a su «sociedad». Un momento... Perdón, señora, usted no puede entrar. Sólo para hombres. Son los reglamentos, ¿qué se le va a hacer!

Las «sociedades», distribuidas ampliamente por el país, son sólo para hombres. Fundación de amigos amantes de la buena mesa. En las «sociedades» tendrás ocasión de catar los mejores vinos y de gustar las más cabales creaciones de la cocina vascongada. Son clausuras, donde se conserva el culto del comer bien y abundantemente. Rabelais se hubiera sentido orgulloso de pertenecer a cualquiera de ellas. Tú te sentirás satisfecho de haber asistido a una «reunión».

Aranzadi, hablando de la cocina vasca, dice: «Suave y moderada de condimentos, sin recurrir nunca a la mostaza ni la pimienta, prefiriendo el laurel y atreviéndose a lo más con el pimiento, éste generalmente dulce, la cocina vascongada no extrema sus limitaciones, ni las establece en el cerdo, y ha sabido acreditar en España los jibiones en su tinta, las angulas y percebes, etc., etc., amén de varios guisos que conservando el apelativo de vizcaínos se desnaturalizan a medida que se alejan del país.»

La cocina vasca no extrema sus limitaciones, no. La cocina vasca tiene límites muy fluidos, fronteras muy flexibles. Es verdad que posee una base propia magnífica, pero es de un eclecticismo tal que en ella se dan cita y hermanan las más contrapuestas tendencias y características. Hablemos de algunos poemas.

Primero «frutos del mar», por aquello que el Arcipreste de Hita dijo en su *Libro del Buen Amor*: «Arenques et besugos vinieron de Bermeo». Arenques *et* besugos y merluzas y chipirones y lubinas y rapes y congrios y bonitos y lenguados y gallos y angulitas y etc., etc., etc., llegan a la cocina de toda la costa vasca y en la cocina son reparados adecuadamente.

Sardinas fritas o asadas con un chacolí a punto o en su defecto vino de La Rioja. La coges de la cabeza y de la cola y sin tiquismiquis te recreas en darle bocados en los lomos hasta que solamente quede la raspa. Santurce, en el abra de Bilbao, lleva la fama en cuanto a la sardina, pero no te sentirás defraudado las comas donde las comas en la costa.

¿Y qué decir de los besuguitos al horno regados con una salsa de ajillo, pimentón, aceite y vinagre? ¿Qué comentar de una merluza en salsa

verde con acompañamiento de chirlas? ¿Cómo describir unos chipirones en su tinta, con el oro del aceitillo fileteando la densidad abisal de la salsa? ¡Ahl, qué oscuro espejo para el tragaldabas, para el tripalari, para el discípulo de Gargantúa, la salsa del chipirón.

¿Y un rape a la marinera, o rebozado o con vinagreta? ¿Y una lubina con mayonesa? O, mi señor viajero, un congrio hermoso con una salsita densa, suave como una caricia, ¿qué? O marinitaco de bonito con todo el aroma de los guisos de la mar condensado, fructificado, entre patata y tajada, diga. Y además lenguados y gallos, con la sabia receta meuniére los unos, fritos, coruscantes, los otros.

Y las angulas... Las angulas no han necesidad de palabras. Las angulas son punto y aparte.

Hay que probar las cocochas de merluza. Conviene enterarse de lo que es el bacalao al pil pil, y el también famoso y succulento bacalao a la vizcaína, creaciones fundamentales de la cocina vasca. Servirse abundantemente del plato de las anchoítas, abiertas como breviarios del gusto, perfectamente rebozadas o albardadas, que dicen los clásicos. El bonito a la parrilla es algo muy importante, pero en el bonito es capítulo clave su ventrecha, dorada, sudosa, amiga de despertar en el paladar el deseo de recrearse con los vinos de la tierra. El changurro, plato a base de centollo gratinado al horno. Y una reverencia para la langosta metida en su armadura de soldado de Gengis Kan, con los bigotes adelgazándose hasta el punto de antenas de mariposa. ¡Qué señora la langosta! ¡Qué delicia de combate! Y tantos y tantos otros «frutos del mar» que da pena dejarlos en el anonimato por haber ya prisa de las carnes. Mas todo sin olvidar lo que los ríos ofrecen, porque un aperitivo de cangrejos, cocidos con laurel o preparados con tomate, bien vale una pausa como vale bien un cuarto de hora y muy nobles sustituciones un salmón o unas truchas. Y en días de merienda la humilde y sabrosísima tortilla de bermejuelas. Llegan las carnes y desde el simple cebón con patatas fritas hasta las chuletas de ternera, ayudadas de pimientos fritos, pasamos y recorreremos la variadísima gama de los asados, de los cocidos, de los guisados, de las menestras en las que se dan cita las más variadas recetas, las más complicadas preparaciones.

Caza tenemos: unas perdices en salsa, unas codornices, una liebre y la muchedumbre de los pardales, que vasco de estómago como una sima consideraba se podían comer todos: los de la cazuela y los del campo. Cerdo, cordero, vaca o ternera, buey o novillo, están aquí combinándose para nuestro apetito. Y hay que pensar que la morcilla es

plato elogiado por el poeta y que «su través y enjundia» harán que siempre sea alabada. Frita, asada o con tomate, la morcilla de arroz es siempre una delicia. Nada que decir si la suerte está de cara y podemos comer un día de matanza unos chichiquis o unas chinchortas como merienda. La mano de dama campesina hace de los chichiquis y de las chinchortas aperitivos o meriendas de permanente recordación para el que guste de los placeres de la mesa.

Y antes de estos lindos poemas, antes de los pescados y de las carnes, habremos tenido que comer algo. Unas alubias pochadas, con hueso de jamón, con la salsa gruesa, es plato muy bueno para iniciarse en la comida. De noche la sopa de ajo, que es casi una medicina para los estómagos enfermos. Tal vez en lugar de las alubias pochadas deseamos unos caparrones. Éstos no siempre están a la orden, tienen su tiempo. Las patatas a la riojana o las patatas en salsa verde no serán manjares delicados pero sí son principios muy sabrosos. Y en fin, esto de los «principios» no tiene fin, porque en Vascongadas se reúnen todos los «principios» de la cocina española y la francesa. Vascongadas en cuanto a «principios» es internacional.

Para postres la repostería vasca nos ofrece riquísimos pastelillos, espléndidas tartas. No habiendo sido dominados por los árabes, no hay rastro en el país de los monótonos dulces de Levante y del Sur. Sólo en Navidades se toman turrónes y mazapanes, y los pastelillos y las tartas tienen un algo alígero que permite el abuso de los mismos.

Basquitos y neskitas son pequeñas joyas de las artes pasteleras de la tierra y recomendación nuestra para llevar un souvenir cómodo a niños golosos.

En los restaurantes afamados por una especialidad, no hay que temer el tomar otras cosas. La especialidad es un alarde, pero lo que no es alarde suele estar tan bien como lo que es. Bien comidos y bien bebidos —La Rioja es generosa de sus vinos, el mejor chacolí es el de Guetaria y la sidra refresca y ayuda a hacer la digestión—, con un poco de cinismo podemos ir a recrearnos con las pruebas de habilidad y de fuerza, que mozos como castillos están dispuestos a darnos en el próximo alivio. Nosotros en silencio. Ellos dialogando a pulso y músculo. Aunque es muy posible que nadie esté en silencio, haya ruido y confusión que dirigirán con su particular tino los corredores de apuestas. Podemos aventurar —por probar se pierde poco— unas pesetas, pero cuidado no haya que lamentarlo.

## *Diálogos de la habilidad y la fuerza*

*Euskaldun batek  
egiz euskaldun bada  
iru gauza bear ditu  
oñez ibilli bear du,  
sagardo zalea izan bear du  
eta pelotan jakin bear du.*

Aranzadi traduce: «Un vascongado, si es de veras vascongado, ha de tener tres cosas: ha de “andar a pie”, ha de ser aficionado a la sidra y ha de saber jugar a la pelota».

De tres cosas dos son deporte. El pueblo vasco es un pueblo deportivo, que gusta de las competiciones de habilidad y fuerza. Ha hecho deporte de muchos oficios en los momentos precisos en que se hace oficio de los deportes. Le gusta competir y, también, le gusta apostar en las competiciones. Los deportes de más rancio sabor popular enfrentan a veces a los pueblos y han llegado a dificultar, por la inclinación a las apuestas, su economía. Se cuenta de aldeas arruinadas en las traineras y de caseríos en dificultades por culpa de las pruebas de bueyes o en el corte de troncos. Apostar es el vicio nacional del pueblo vasco.

Decíamos que los vascos han hecho deporte de muchos oficios. Sí, en el campo y en la costa, tienen raigambre las pruebas de arrastre de piedras por parejas de bueyes, el corte de troncos en los que hay nombres muy sobresalientes, la siega a guadaña en los prados, el levantamiento de pesos, el salto de los pastores sobre el palo y las regatas de traineras. Las regatas de traineras han pasado a ser deporte que interesa en toda España. En principio no fue más que la emulación de los pueblos o de las tripulaciones de un mismo pueblo en un sentido estrictamente profesional. Hoy son recreo y atracción de turistas en el marco encantador de la ciudad de San Sebastián. Los otros deportes están reducidos al área regional.

De los deportes vascongados, aparte de los dichos, hay que destacar las luchas de pulso, las de derribar, las de puñetazos, las de palo, el lanzamiento de barra y las carreras de andarines (korrikolaris). Estas carreras de andarines se efectúan de diferentes maneras: carrera franca de los korrikolaris, carrera en solitario contra reloj, carrera en plaza de toros, carrera de hombre en competencia con caballo trotón, etc., etc.

Realmente el dicho no miente y el vasco es buen corredor, tal vez más resistente que veloz, y en esto no les van en zaga las mujeres, pues se cuenta que en tiempos pasados los pescadores iban desde San Sebastián a Tolosa a vender su mercancía, andando a paso de marcha o corriendo en competencia profesional. Y asimismo se dice esto de las pescadoras de Santurce, en la ría de Bilbao, en carrera hacia la villa. La distancia de San Sebastián a Tolosa es respetable: son 26 km., tal vez atajados por caminos conocidos de las pescadoras, un casi mara-thon femenino.

Otro de los deportes a los que se entrega el aldeano vasco con verdadero entusiasmo es el juego de bolos. La bola es pesada y no muy grande, sin surco o agujero para los dedos. Los bolos son cuatro: uno al extremo del riel de madera por el que se lanza la bola y los otros tres detrás del primero, abiertos en línea. Entre trago y trago del porrón o de la bota, el campesino juega y comenta las incidencias del juego, cruza apuestas y entretiene los ocios de los días de fiesta.

Mas lo que ha de saber bien un vascongado es jugar a la pelota. Este deporte se practica en toda España, pero en Vascongadas ha adquirido o ha tenido desde siempre tal pujanza que el juego de pelota parece la expresión deportiva más cabal del país. La pelota vasca tiene distintas modalidades, siendo la más pura la que se juega a mano limpia, aunque sea precisamente ésta la que ha tenido un ámbito de dispersión más reducido, practicándose profesionalmente de modo casi exclusivo en las tres provincias, parte de Navarra y La Rioja logroñesa.

La pelota a pala, el remonte, la cesta punta han salido no sólo de Vascongadas sino de España y están hoy extendidas por el mundo, habiendo frontones de estas modalidades en toda América, en África (El Cairo) y en Asia (Manila, Singapur, Shanghai), donde los nombres de los pelotaris vascos son familiares a los aficionados.

Éste es el rico cuadro de los deportes regionales vascos. En los deportes de carácter internacional destacan también los vascos, y nombres de campeones hay en el ciclismo, el boxeo, el fútbol, etcétera, etc.

La tercera «cosa» que ha de tener el vascongado: ser aficionado a la sidra, admite un muy amplio cuadro de degustaciones. Porque el vasco, en general, si no es aficionado a la sidra, lo es al chacolí o al tinto de La Rioja. En el campo bebe en su caserío o en la taberna de la aldea. En los pueblos grandes y en las ciudades tiene unas características muy especiales el cumplimiento de su afición. La sidra, el chacolí o el vino de La

Rioja van por barrios. Esta afición del vasco es ritual y rural, por decirlo de alguna manera.

### *El vino que va por barrios*

Al término de la jornada laboral los amigos se reúnen. Muy posiblemente la cita sea en un bodegón o taberna. Los más sedentarios tal vez organicen una partida de mus, que es el juego de cartas más hablado y que suele confundir a los extranjeros nada entendidos en timos, dichos y extrañas palabras. Los cumplidores del ritual abandonan el lugar de la cita en grupo y comienzan su ruta. Al vasco le gusta beber y pasear, y de taberna en taberna va paseando hasta que llega la hora de retirarse a su casa. La ruta es fija. Los barrios viejos de los pueblos o de las capitales están en la ruta.

Los barrios viejos en invierno tienen un encanto extraordinario. Los routiers de la sidra, el chacolí y el tinto charlarán en sus momentáneos hospedajes, mientras la lluvia barre las calles, o, acaso, canten a coro. Estos orfeones o coricos improvisados suelen repasar todo el folklore del país y han creado uno nuevo: un folklore de los viejos barrios donde están los amables refugios de las tabernas y que no es muy delicado, ni tiene letras bonitas, ni finas melodías, pero cumple a la perfección el hermanar en la ancestral afición de los vascos a los amigos que forman la «cuadrilla».

El vasco que gusta de comer bien, no suele comer en estos recorridos. Bebe, charla y canta. El vino en Vascongadas no se sirve con tapas como en otras partes de España, y solamente los sedentarios-los que se han quedado jugando al mus, los que se reúnen en una taberna y no salen a la ruta-suelen permitirse el acompañar el vino de alguna vianda.

Nombres españoles tiene el vaso de vino de la ruta de los barrios viejos. Los bilbaínos y donostiarras llaman al vaso de vino «chiquito», los vitorianos «pote». El «chiquiteo» o el «poteo» son tan castizos en Vascongadas como lo pueda ser la juerga de colmado en Andalucía.

En estas cuadrillas siempre se es bien recibido, y una salida con cualquier grupo a la ruta de los barrios viejos siempre traerá aparejado un rato de bienestar, de jolgorio y de alegría modestos y estupendos. El vasco, en esta cotidianidad del paseo tabernario, descansa de su jornada laboral. Entre vasos de vino, de sidra o de chacolí, habla y canta. Canta y no dice su canción más que a aquel que va con él.

## *Las fiestas grandes*

Atrás Santiago, atrás San Ignacio —patrón de Vizcaya y de Guipúzcoa—, las fiestas vascongadas más importantes se celebran durante el mes de agosto. Desde los primeros a los últimos días. Vitoria abre las fiestas con las de su patrona, la Virgen Blanca. Después San Sebastián, que celebra su «semana grande» en torno al día quince, Asunción de Nuestra Señora. Un poco más tarde, y coincidiendo los últimos días de las fiestas de San Sebastián con los primeros de sus fiestas, Bilbao celebra el patronazgo de la Virgen de Begoña. Corridas de toros, concursos de deportes regionales, de danzas populares, de chistularis, bailes de sociedad, concursos hípicas, etc., etc., forman el programa de festejos. Pero el programa es lo que menos importa; lo que importa es la alegría regada, desparramada por las poblaciones, el entusiasmo de las fiestas. Sí, un auténtico entusiasmo, porque el vasco es uno de los seres humanos más capaz de gozar de las fiestas, sean éstas humildes o espléndidas. El vasco entra en los días de fiesta con un epícurismo tan ingenuo como desbordado. Piensa que se tiene que divertirse y no se defrauda. Se divierte hasta la saciedad.

El mes de agosto es la cúspide del veraneo en el País Vasco. El viajero que busque bullicio, inquietud, diversión y fiesta, hará bien en acudir al país en el mes de agosto. En las fiestas de la Blanca vivirá el incansable bailar de los «blusas», que a golpes de bota y tamboril se mantienen durante cinco días en pie, en un *tour de force* increíble. En la «semana grande» de San Sebastián, como en las fiestas de Bilbao, todos los minutos del día están provistos de destino festivo, y espectáculos, concursos, etc., se encadenarán sin fin, sin pausa y con urgencia.

Las capitales tienen sus modos de diversión. Las capitales tienen en la diversión algunas peculiaridades, pocas. La diversión vascongada con más solera corresponde a los pueblecillos, a las aldeas, a las fiestas del campo. Son las encantadoras, emocionantes fiestas pequeñas.

## *Las fiestas pequeñas*

Las fiestas pequeñas no son descriptibles porque en ellas nada importante sucede, ningún espectáculo extraordinario se ofrece fuera de lo que los deportes regionales de más modesta índole nos brindan. Los campesinos han llegado a la landa de la ermita; van a

rezar al santo o a la Virgen. Bien: esto en el caso de que sea una romería, una fiesta de verano, fuera del pueblo, en el monte. Si son fiestas invernales-San Nicolás, San Blas, Santa Agueda, Santo Tomás, etc.-habrá danza bajo la lluvia o en el pórtico de la iglesia, si éste es amplio. Poca cosa para el viajero corriente; pero si el viajero tiene el corazón receptivo se dará cuenta que esta sencillez está llena de una inefable alegría festiva.

Hablemos de los pueblecillos, de las pequeñas aldeas, no de los pueblos grandes. Decíamos que pocas cosas sucederán durante la fiesta y ésta transcurrirá sin bullicio. Las viejas danzas en el pórtico invernal o en la landa estival. Canciones, muchas canciones. La comida extraordinaria de la fiesta en los hogares, durante el invierno. La merienda en las romerías. Pero, estamos seguros, para el corazón atento no habrá habido alegría comparable, fiesta mayor que la de estas pequeñas fiestas vascongadas. Es algo que va desde una luz hasta una risa, algo que resume bien el alma vascongada. Algo que de todas formas hay que ver y vivir porque es indescriptible.

### *Agur, agur*

Nos despedimos en vascuence y no hemos hablado todavía de la lengua vasca. El viajero ha oído expresarse a mucha gente en el viejo idioma, muy probablemente ha tenido dificultades para entenderse en el camino con algún campesino corto y torpe en lengua castellana, seguramente se ha sentido sorprendido al escuchar una conversación en vasco en la penumbra de una taberna marinera, en el rincón más recoleto de una bodega campesina. El dulce idioma ha llegado hasta sus oídos y nada sabe de él.

Los tratadistas de estos asuntos dicen que la lengua vasca es aglutinante con tendencia al polisintetismo y que ocupa puesto entre las uralo-altaicas y las americanas. También que su carácter eminentemente aglutinativo no excluye de una manera absoluta el procedimiento flexivo patente en el verbo. El viajero tiene la música del vasco en los oídos, un como rumoroso cauce, y no ha prestado otra atención a lo escuchado. Ha estado en zonas donde ha oído hablar vascuence y en zonas donde el castellano era la lengua materna de los habitantes. Necesita el viajero tener una clara noción de las fronteras del idioma. Enten-



demos esto con palabras de Arturo Campión, lingüista y novelista vascongado. Dice así del vascuence:

«Lo hablan los habitantes de una faja septentrional de Álava, los de las tres cuartas partes de Vizcaya, toda Guipúzcoa y las regiones del norte, noroeste y nordeste de Pamplona... La lengua euskera se divide en ocho dialectos, matizados por multitud de variedades; cuatro aquende de los Pirineos: vizcaíno, guipuzcoano, alto navarro septentrional y alto navarro meridional; cuatro allende, suletino, labortano, bajo navarro oriental y bajo navarro occidental. Los dos primeros de España y los dos primeros de Francia son los dialectos literarios. Los sonidos que más frecuentemente usa el euskera son: las consonantes silbantes, nasales, guturales duras y paladales. Las vocales son frecuentes, sobre todo la a, y son seis: a, e, i, o, u y ü.»

Es muy leve la noción, pero puede servirte de guía si el vascuence ha despertado tu interés y quieres profundizar en su conocimiento. No hemos de recomendarte libro o estudio alguno. Es fácil encontrarlos y tú los hallarás. Solamente queríamos hablar un poco de lo que has oído, de lo que te ha sorprendido, de este idioma tan viejo que su origen se pierde en la oscuridad de la presencia de los que lo hablan en esta esquina de Europa. El vasco, vascuence o mejor euskera, euskara, idioma de unos pocos, idioma a muerte si no se le pone remedio, ha sonado en tus oídos. Aquí, en el hito de las despedidas, antes de que dejes a tus espaldas este país, lector, viajero, amigo, quiero decirte adiós en lengua vasca. Esperamos tu vuelta.

Hasta que vuelvas.

*Agur, agur...*